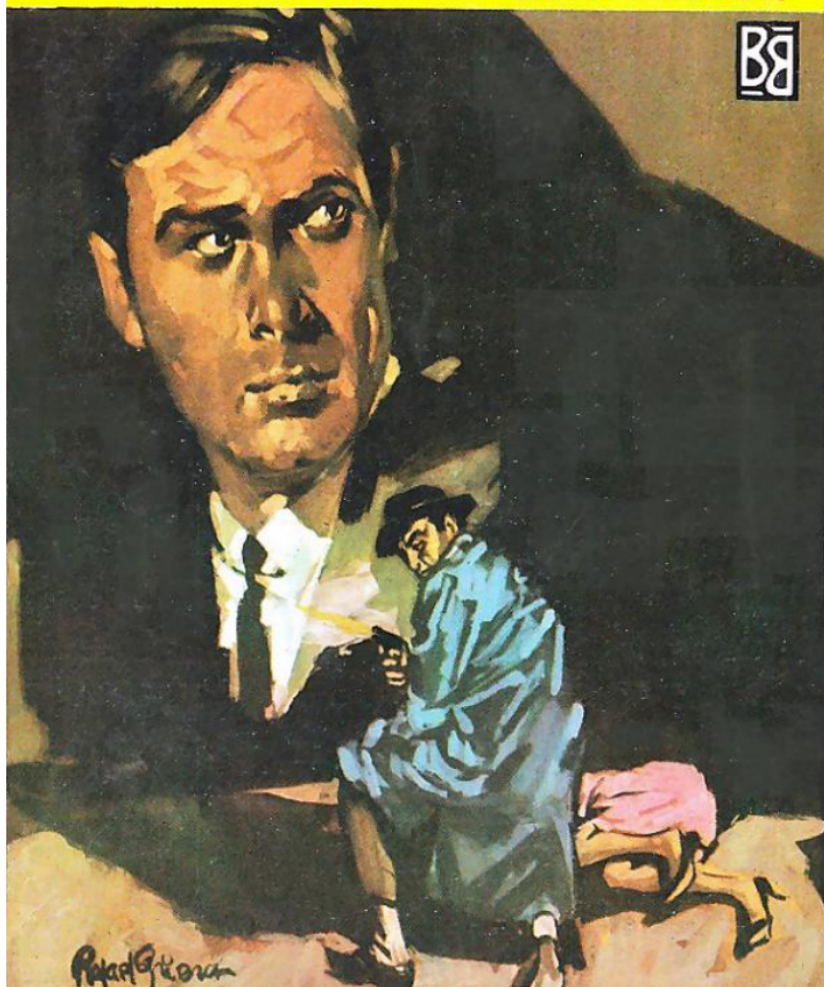


PUNTO

ROJO

el enigmático profesor sicosis

frank caudett



COLECCIÓN

PUNTO ROJO





FRANK CAUDET

EL ENIGMATICO PROFESOR SICOSIS

Colección PUNTO ROJO n.º 286
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 26.391 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1967

© FRANK CAUDET - 1967

sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1967

sobre la cubierta

© BOIX - 1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.,
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

OBTUVE MI CREDENCIAL EN QUÁNTICO

No nos veíamos.

Pero nos estábamos mirando por el magnífico espejo que Elmer Hopkins había colocado tras de él, al otro lado del mostrador, en lo que decía ser mejor *snack* de todo Oakland.

Él, bebía.

Yo, tres cuartos de lo mismo.

—¿Sabes lo que pienso de ti, Bryan? —le pregunté.

Arqueó las cejas, dejó su vaso encima del mostrador, ladeó la cabeza ligeramente para escrutarme, inquirió a su vez:

—¿Qué piensas?

No pronuncié una sola palabra.

Extendí el índice de mi diestra apuntando la pulida luna. Tras el dedo, siguiéndolo en línea recta, el espejo devolvía la nítida imagen de una puerta de formica en la que podía leerse:

«GENTLEMAN W. C».

Bryan había seguido la trayectoria del dedo.

—Lo que tú puedas pensar —dijo con voz pausada, cuando yo había esperado otra reacción—, me importa un cuerno. Ofende quien puede, no quien quiere. Yo, en tu lugar, me quedaría en casa, Derek. O saldría a la calle tapándome la cara con un saco. Estamos todos enterados del número que has ocupado en tu promoción, Por eso te han enviado a San Francisco, condenado a pudrirte tras las cuatro patas de una mesa de oficina.

Del todo cierto.

Yo, Derek Cleyman, había sido el último de mi promoción. Pero no era mía la culpa.

Mi padre, jefe de policía en Oakland, había cometido ese error tan frecuente que suelen cometer la mayor parte de nuestros

progenitores. Un error ambicioso.

Buscar en el hijo el ideal que uno se ha formado de lo que hubiese querido ser.

Se preocupó de darme estudios universitarios, soltó la mano sobre mi cuello con cierta violencia cuando me negué a estudiar, consiguió que sacase el título, me recomendó luego a Washington y fui enviado a la Academia Federal.

Recuerdo que un individuo de facciones severas y cabellos canos, me preguntó con aire circunspecto:

«—¿Qué motivos le impulsan a solicitar su ingreso en el F. B. I.?».

Después de meditar la respuesta, solté sin rodeos una verdad como un templo:

«—Un poderoso motivo llamado mi padre».

Obvio que lo dejé un tanto desconcertado.

«—Su padre ha sido un digno funcionario —*me respondió con su característica severidad*—. Tengo de él inmejorables informes».

Me encogí de hombros.

«—Dudo que se los den tan buenos de mí».

No me hizo demasiado caso.

Me pasé cuatro semanas y pico en las aulas del Departamento de Justicia de la Academia de Washington, sin demostrar excesivo interés por las sesiones teóricas, ni distinguirme en nada ni por nada.

Pero estaban todos empeñados en que fuese federal... y me aprobaron. Luego, dos meses largos en la Academia de la Reserva Naval en Quántico.

Allí, cierto día, Harvey Wallace, uno de los más destacados profesores, quiso saber:

«—¿Por qué está usted aquí, Derek?».

La respuesta no podía ser más sencilla y concisa:

«—Porque me han enviado, señor».

Era un hombre de cabellos grises, sienes plateadas, aire jovial pese a tener los cuarenta y muchos, amable y comprensivo.

Le di que pensar con aquella respuesta tan fácil.

Luego de pasarse un buen rato cepillándose el mentón, me preguntó:

«—¿Qué hubiera usted deseado ser realmente, Derek?».

Había puesto el dedo en la llaga.

«—Nunca he pedido, deseado ni esperado nada de la vida. Yo, señor, soy eso que llaman un vive como quieras. Adoro, eso sí, la libertad. Idolatro la independencia. No sirvo para recibir órdenes y me rebelo cuando de cumplirlas se trata. ¿Le parece que la profesión de detective privado hubiese encajado bien con mi carácter?».

Volvió a pensar.

«—Es posible, es posible... —*musitó*—. Pero usted será agente federal».

Profética aseveración.

Como se llama en las competiciones deportivas fui el colista de mi promoción.

Pero obtuve mi credencial en Quántico.

O les dio la gana de dármela.

Un documento de identidad con las siglas

F. B. I.,

y el distintivo del Departamento de Justicia, con la implacable balanza de la ley, las franjas del escudo, las hojas de roble, las estrellas y el axioma base ya conocido: *FIDELIDAD, BRAVURA, INTEGRIDAD*.

Luego me largaron a San Francisco.

Otro algo más imbécil que yo hubiese pensado que lo hacían para que estuviese cerca de «papá». De San Francisco a Oakland hay un paso.

Lo cierto, eso lo sabían hasta los chinos, era que me habían enviado allá para sentarme al otro lado de cuatro carcelarias patas, dudando aún de si serviría para ordenar ficheros y archivos.

Era como decirle a mi padre: «Ahí tiene a su retoño. Ya se lo hemos hecho federal».

Pero el egoísmo de los padres lo «traga» todo[1].

Total, que el repulsivo Bryan Kostka tenía razón.

Lo cual no fue óbice para que, al zafarme a recuerdos no muy lejanos, pensara en que Kostka necesitaba un arreglo urgente en su cara de idiota recalcitrante.

Al cabo de un buen rato, mientras él seguía consumiendo su *whisky* con una sonrisita irónica en los morros de cerdo que le servían de boca, desgrané muy despacio para que me oyese bien:

—No vas mal con lo del saco, Bryan. Mi padre me gastó una faenita con eso de hacerme federal. Pero el tuyo, menuda guarrada te jugó al inscribirte en el juzgado como persona, después de haberte visto la cara. Claro que, quizá por aquel entonces París estaba mal de mercancía, y se vio obligado a solicitar ayuda del Congo.

Al vuelo le leí el pensamiento.

Por eso anduve ligero al apartarme, y el resto de *whisky* que quedaba en su vaso humedeció la chaqueta del cliente que estaba acodado en mi izquierda.

Antes de que se enterara de por dónde venía, le apliqué un soberbio *tegatana*-ate[2] en mitad de la nuca.

Se me arrugó como un acordeón.

Pero antes de que llegara al suelo le arreé un *hiza*-gashira en el mentón, enviándolo contra una mesa donde dos adolescentes sostenían un ardoroso idilio.

Judo, lo único que me había esforzado en aprender.

—Elmer Hopkins —le dije al asustado propietario, quien le aseguraba al cliente «humedecido» que él correría con los gastos de limpieza, haciendo al mismo tiempo gestos a la volcánica pareja cuyo significado era el de que no se preocuparan que les serviría otros combinados. Insistí—: ¡Elmer Hopkins!

Me miró asustado.

—Dime, Derek, dime. Dime...

—Una botella de «matarratas», ¡pronto!

Me dio una de *whisky* que ni cuando la prohibición había conseguido venderla.

Lentamente, mientras desenroscaba el tapón, me acerqué al todavía atontado Bryan.

Hice una pausa para mirar las piernas de aquella niña, que se mostraban sonrosaditas y muy para arriba.

Acto seguido, puse al cerdo como una sopa.

Se despabiló instantáneamente.

—¡Le juro...! —barbotó colérico.

Solté una carcajada que atronó el local.

—Si abres otra vez el «buzón», te garantizo cama en un hospital por tres meses largos. Ya hace tiempo que te tenía «ganas», Bryan. Por ésta, te has librado bastante bien. La próxima te astillaré todos

los huesos.

Dejó caer la botella muy cerca de él y algunos añicos del cristal lo salpicaron.

Otro vistazo a las piernas de la «ye-ye».

—¿Qué te debo, Elmer? —inquirí apoyando el torso sobre la barra.

—Cinco dólares.

Noté que le temblaba la voz al pronunciar tan descarada cifra.

—Oye, Elmer... —musité—, yo te aprecio en lo que vales. Pero la botella, por bajines, no vale ni medio dólar.

—Bueno... —tartajeó—, los desperfectos, los...

—Los rábanos en conserva —le atajé. Y depositando un dólar encima de la barra, añadí—: Estás pero que muy bien pagado.

Largué «estachas» por dos motivos.

Uno: porque mi padre, jefe de Bryan, no tardaría demasiado en estar al corriente de mis desmanes.

Otro: porque una hora más tarde, en San José, allá en un maravilloso *cottage* situado en lo alto de la bahía, me esperaba una bella durmiente del mar.

Me capucé dentro del «Packard» que había comprado dos meses atrás de no sé qué mano; y puse proa a la bahía.

Era Juliet.

Juliet Gisleyer.

De salud bien, gracias.

De todo lo demás, como un bomboncito de chocolate con relleno de coñac y menta.

¡Agítese antes de usarlo!

Se lo dije.

—Cómo estás, reina... ¡cómo! Sentada.

Bueno, yo lo digo a mi manera para que todos me entiendan.

Ella, lo de sentarse, lo interpretaba con un especialísimo *sui generis*.

Rubia sí, rubia.

De las que salen en viñetas de algunas revistas de ciertos países, en ciertas posturas que originan ciertos mareos.

Se dice, y es que la gente habla mucho, que hoy en día, los

cosméticos, la leche de almendras, y no sé qué porquerías más, dan a la mujer toneladas de belleza.

También se habla de que los fabricantes de cierto tipo de prenda contribuyen notablemente a que todo esté en su sitio y que haya mucho de ése todo.

Pero Juliet, muy avispada ella, habíase propuesto demostrar que no existía regla sin excepción.

Por eso no trataba con vendedores de cosméticos ni con los distribuidores de aquellos fabricantes...

No necesitaba de eso.

Tenía un concepto muy digno de la propiedad y gustaba de que lo suyo fuera suyo.

Sólo compartido.

—¿Te sientas?

Yo seguía mirándola.

Entonces se puso en pie.

Para que me impusiera de sus formas olímpicas, de su descuido allá por el principio del vestido rojo, de cómo la tela ceñía tozudamente sus caderas, y de la abertura el FA largo que subía por la pierna derecha hasta...

Hasta que me cansé de mirar y di la vuelta en dirección al mueble-bar situado al fondo de la estancia.

Se me adelantó en ágil escorzo, rozándome con sus rotundidades tan suave como intencionadamente.

Recostóse en el mueble de cara a mí.

La orografía no es muy fácil de estudiar, pero pasa como en todo, si uno pone atención, de inmediato está al corriente de los promontorios más elevados.

Mira que decir que en el Himalaya estaba...

—¿Qué te sirvo, Derek?

Cualquier cosa servía para empezar.

Un beso por ejemplo.

—Mientras lo pienso, iré besándote, mona.

Me cogió, lo mismo que un sargento de la legión al «primo» que se presenta en el banderín de enganche diciendo que su novia se ha casado con otro.

Yo, no obstante, me comporté como todo un oficial.

Luego vino el *whisky*.

Después, todo lo demás.

Si en el transcurso de todo lo demás una pitonisa me hubiera leído la palma de la mano, cosa que le hubiese resultado bastante difícil, mi digestión habría perdido muchos grados de su placidez.

Porque en aquel mismo momento...

A muchas millas de San José...

El destino...

LA MISIVA DEL «PROFESOR SICOSIS»

No.

Mí «papaíto» del alma no logró localizarme aunque se hinchó de llamar a la División Federal de San Francisco.

Si estaba yo, se ponía uno de mis colegas diciendo que no estaba.

Y si me había largado, decía la verdad.

Entretanto, el destino, en aquellos momentos, a muchas millas de San José, seguía tejiendo sus redes de araña laboriosa e inescrutable, seguía forjando sus incomprensibles designios en los que, a no mucho tardar...

El «Packard» iba lanzado. Mi pie pisando de firme el gas.

Hacía menos de una hora, Juliet me había telefoneado para susurrar con angelical vocecita que la soledad de la noche la aterraba.

«—Está tan aislado mi cottage Derek. Podemos cenar aquí, en la intimidad, tú y yo...».

Efectué un cambio de luces para advertir al vehículo que acababa de salir lanzado por una curva.

No era yo sólo quién tenía prisa.

De nuevo pulsé las luces de alcance bañando de luz la charolada cinta de asfalto.

De pronto, algo que no contaba en mi pensamiento entró de lleno en el caudal luminoso.

Una mujer.

Con un pie en la cuneta y el otro en la carretera.

Separados de tal forma que el vestido, que encerraba su geométrico trazado, la recortaba como una cruel estatua.

Cinco yardas por delante de ella veíase un coche detenido.

Pero yo me concentré en la estatua de carne y hueso.

Mucha y poco.

Alzaba un brazo, cerraba la mano, extendía el pulgar hacia el Sur en inconfundible signo.

Por aquí lo llamamos *auto-stop*.

Llevaba una ropa muy frágil que bien podía tomarse por un vestido. Escotado y corto. Sujeto a los hombros casi imperceptiblemente.

Me detuve, aplicando el freno con toda brusquedad. Los neumáticos lanzaron su quejido lastimero al tiempo que levantaban tenues columnitas de humo.

Delante de la ninfa.

¡Qué modelo!

El vestido era más negro que sus ojazos, que su cabello azabache, y los imperceptibles tirantes existían.

Igual que la mancha blanca de unos inicios firmes y turgentes de algo generoso, bien situado, estupendamente expuesto.

Entreabría unos labios que formaban una boquita de ensueño, arqueada, menuda, roja.

El cuerpo, puro bronce, una maravilla de formación, corrección, armonía y exuberancia.

Se me acercó con pasos presurosos cimbreado sus caderas y moviendo sus fenomenales piernas encima de unos delgados y altos tacones.

Primero, me dedicó una de esas sonrisas que producen la misma sensación que una descarga de dos mil voltios.

Pero estaba preocupada.

—Gracias... por haberse detenido —la oí decir con un timbre musical muy grato—, ¿va usted hacia San José?

—No importa el santo —repuse sacando la cabeza para recrearme bien—. Voy al que tú vayas. ¿Algún problema?

Torció sus deliciosos labios.

—Soy muy descuidada...

—¡Oh, no! Tú eres una preciosidad. ¿Qué te ha sucedido?

—Gasolina...

—¿De dónde vienes?

Me miró atentamente.

—Pareces un policía —soltó muy enfadadita—, replicando al tuteo por mi iniciado.

Nada mejor que mostrarle la credencial que me habían

«regalado» en Quántico.

—Pues mira por dónde, has acertado.

Ahuécó su boquita para silbar tenuemente.

—¡Vaya! —exclamó—. F. B. I. Tendré que decirte toda la verdad... vengo de Sacramento. Me escapo de una oficina y de un jefe enamorado.

Me hice cargo.

—Te molestaba, ¿eh?

Agitó una mano en el aire con elocuencia.

—Ante cualquier jurado podría mostrar comprometedores «morados».

Abrí la portezuela.

—Sube...

Lo hizo.

—Me llamo Vilma, Vilma Talbot.

—Derek Cleyman. Por si no has leído bien mi nombre.

—¿No puedes prestarme gasolina?

Era chocante que me hiciera esa pregunta después de haberse arrellanado cómodamente junto a mí, permitiendo que mis ojos se impusieran de la perfección de sus rodillas y bastante más.

—No, encanto. Sería poco correcto de tu parte despreciar mi compañía. Por la mañana vienes a buscar el auto. Soy un tipo humanitario, lleno de buenas ideas...

—Y plagado de malas intenciones —sonrió provocativa.

Yo correspondí con otra sonrisa.

—Tienes unas rodillas preciosas... toda tú eres preciosa... como un sueño en noche cuajada de estrellas a la orilla de la playa.

—Por favor... —susurró muy cerca de mi oído—, no me hables así, Derek.

La miré fijamente. Su voz era pura cadencia melodiosa. No sé por qué, intuí que lo de la oficina tenía, ribetes de cuento.

Pensé que cantaba.

Animadora de cualquier club nocturno. El de los pellizcos y otras cosas era el empresario.

Vilma se había cansado de pagar un precio tan caro por su oportunidad.

Pero una mujer como ella, explosiva, hermosa, rotunda, volvería a encontrarse con el mismo problema.

El «Packard» ya estaba en marcha.

—¿Un cigarrillo? —le pregunté.

Asintió echando su cabecita de abajo arriba.

—Tú misma —dije—. En el bolsillo izquierdo.

Su mano se hundió en él extrayendo el paquete. Encendió uno y lo puso entre mis labios.

Luego el suyo.

—¿Tienes prisa? —quiso saber.

Lo decía, sin duda, por el brusco salto que había dado la aguja del cuentakilómetros.

—Depende... —respondí ambiguo.

Vilma sonrió.

—¿De qué depende? —preguntó otra vez, expulsando una bocanada de humo.

—De lo que tú pienses hacer al llegar a San José.

Lo dije en serio. Me importa un cuerno que Juliet se pasase la noche esperándome.

Pero mis fantasías quedaron segadas en flor.

—Hoy... descansar.

—¿Sola?

—¿Se necesita compañía para descansar?

Sonreí, ladeando la cabeza.

—Hay teorías modernas al respecto. ¿No has leído a Freud? Su interpretación sobre los sueños y el descanso es curiosísima. Yo podría contarte algo de eso y evitar que soñarás.

—¿Evitarlo?

—Satisfecho el consciente, mueren los deseos contenidos del subconsciente. Ya te he dicho que es algo muy curioso... y complicado.

—Soy lista. Te comprendo. Descansaré esta noche. Sin Freud y sin ti.

Dichas estas palabras, se recostó en mi hombro. Retrepada. Y la falda, como las acciones en bolsa, había subido muchos enteros.

Estaba empeñada en torturarme.

Proseguimos el trayecto en silencio.

Me detuve a media milla, cuando ya veíanse brillar las primeras luces de San José.

Alzó la cabeza.

—¿Ocurre algo?

Sin responder, muy despacio, para que se percatase de mi intención, le quité el cigarrillo de los labios.

Consiguió desconcertarme al decir:

—Esperaba que lo hubieses hecho mucho antes.

La besé en su boca roja, dulce, húmeda y tibia Dos veces.

Tres.

No sé...

—Derek... —jadeó, palpitantes sus senos—, por favor...

Y cuando la solté, fue ella quien vino a mi cuello y estampó su boca en la mía.

Me hubiera gustado ver si un buzo aguantaba tanto tiempo sin respirar.

—Basta... por hoy, Derek.

Basta.

De un tirón hasta San José.

—¿Qué piensas hacer, Vilma?

Había detenido el «Packard» en una calle tan mal iluminada como las ideas de mi cerebro.

—Comprar el periódico. Buscar trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

Arqueó sus depiladas cejas.

—¿No te he dicho que soy oficinista?

Dejé que se lo creyera. O dicho de otra forma, hice ver que me lo creía.

Volví a besarla.

Luego puse el trasto en marcha y me detuve unos minutos después frente al iluminado vestíbulo del hotel California.

—¿Tienes dinero?

—Suficiente hasta que encuentre trabajo. Gracias, Derek.

Estuve a punto de retenerla por la cintura, atraerla hasta mí, estrecharla apasionadamente...

No.

Me comporté como un caballero.

—¿Volveremos a vernos?

Rozó mis labios fugazmente y saltó a tierra con graciosa agilidad.

Asomando sus ojazos por la ventanilla, tras enviarme un nuevo

beso con la punta de sus dedos manicurados, me contestó:

—Me hospedo en ese hotel... —extendió el pulgar hacia atrás por encima del desnudo hombro—, ¿sabrás encontrarme?

No esperó mi respuesta.

Girando bruscamente sobre los agudos tacones caminó presurosa rumbo al brillante vestíbulo.

Seguí el vivo contoneo de su cuerpo hasta que desapareció.

Incliné la cabeza sobre el volante preguntándome por qué aquella desconocida me había impresionado hasta el extremo de hacerme olvidar a Juliet.

Conduje con la derecha mientras la izquierda hurgaba por el bolsillo buscando el paquete de tabaco.

Algo rozaron las yemas de mis dedos.

Solté un respingo y detuve el auto secamente. Estaba seguro de no haber puesto ningún papel, tarjeta, bloc o algo que se le pareciese, allí dentro.

Sólo el tabaco.

Cuidadosamente extraje la cuartilla y la desdoblé con menos cuidado y mayor presteza.

Me quedé de piedra, palabra.

Con letra de imprenta y a grandes rasgos, escrito en tinta negra, se leía:

«EL PROFESOR SICOSIS TE SENTENCIA. ES UN
AVISO. TU ÚNICA OPCIÓN ESTRIBA EN QUEMAR LA
CREDENCIAL QUE OBTUVISTE EN QUÁNTICO».

Solté un manotazo sobre mi frente.

Aquello era una solemne mamarrachada que sólo podía haberse gestado en un cerebro enfermizo como el de Bryan Kostka.

Pero no estribaba en eso mi preocupación.

Al día siguiente me plantaría en Oakland para romperle la boca en cuatro pedazos al retrasado mental que mi padre tenía por subordinado.

Lo que me cosquilleaba la nariz —vulgo ponerse «mosca»—, era el hecho de que Bryan hubiese utilizado a Vilma para colocarme el papelito en el bolsillo.

Vilma... una desconocida que decía huir de un jefe lascivo que tenía su despacho en Sacramento.

Sin pensarlo más, puse rumbo al hotel California.

—¿En qué habitación se aloja la señorita Vilma Talbot? —le pregunté al encargado de recepción.

Un tipo estirado, con el cabello engominado, mimético, pulcro... ¡todo un figurín!

—¿Cómo ha dicho que se llama esa señorita?

Esa clase de fulanos me crisan los nervios.

Credencial por delante debajo de su dilatado apéndice nasal.

—Vilma Talbot. Muévase rápido si no quiere que empiece a registrar el hotel habitación por habitación.

Se hizo atrás lo mismo que si acabara de recibir un puñetazo.

—Acaba de inscribirse hace cinco minutos —lo dije para evitar que empezase a hojear el registro desde cuatro meses atrás.

No se molestó ni en mirar la página del día.

—¡Imposible! —repuso tajante.

Lo miré de través.

—Imposible... ¿el qué?

—Desde las seis de la tarde no hemos recibido huésped alguno.

Y antes de que yo le dijera una cosa de bastante espesor, atrapó el registro mostrándome la última hoja.

Tenía razón el figurín.

Allí no se hospedaba ninguna Vilma Talbot.

Y acabó de desconcertarme, al decir:

—Todos los hospedados aquí en este momento, son matrimonios. Excepto tres viajantes. Ninguna... señorita.

Terminó con una reticencia que estuve en un tris de costarle una muela.

Di media vuelta y me largué.

Carretera y manta.

No.

El coche que según ella se había quedado sin combustible... ¡no estaba allí!

Juliet se iba a tirar la noche esperándome.

Porque empecé a pensar que Bryan no era lo suficiente inteligente como para preparar una broma de más o menos gusto, con tanta perfección y agudeza.

Volví a San José.

Para recorrer hoteles de todas las categorías —excepto el

California—, pensiones, posadas y fonduchos.

De la tal Vilma con vestido negro, ni rastro.

Eran las dos de la madrugada cuando leí por segunda vez la misiva que en principio le atribuyera a Bryan.

Un asunto poco claro.

Procuré, pues, pensar con claridad.

Correcto.

La fabulosa escapada de Sacramento tenía un cómplice que se había ocultado entre los arbustos que bordeaban la carretera mientras ella salía a mostrarme el pulgar.

Y cuando me mostraba otras cosas, el cómplice se pegaba detrás de nosotros con el auto.

Luego, la recogía... ¡y a volar!

Proa a San Francisco.

Tres y pico de la madrugada.

Rod McGuire estaba de servicio.

—¿Qué te ocurre?

Formulé la pregunta al observar la palidez de su rostro.

Obvia la respuesta porque al asomar por encima de su hombro observé la cuartilla que tenía extendida encima de la mesa y también cómo tenía los ojos clavados en ella.

Letra de imprenta. Caracteres negros. Decía:

«EL PROFESOR SICOSIS TE SENTENCIA. ES UN
AVISO. TU ÚNICA OPCIÓN ESTRIBA EN QUEMAR LA
CREDENCIAL QUE OBTUVISTE EN QUÁNTICO».

¡Igual que la mía!

—¡Rod...! ¡Rod...! —exclamé por dos veces, sacudiéndole los hombros—. ¿De dónde ha salido ese papel?

Pareció retornar de un punto lejano.

—¡Eh...! ¡Oh, Derek! ¿Qué haces aquí?

Tuve ánimos para bromear.

—Nada. Un error. Me ha parecido leer en la fachada un letrero en el que se hablaba de *striptease*... *pero ya veo que esto es una casa sería*.

McGuire sacudió la cabeza.

—En mi mesa... en el cajón central. Estaba en mi mesa... no lo comprendo... ¡no lo comprendo, Derek!

Le enseñé el papelito que Vilma me había colocado en el bolsillo mientras la besaba.

Al menos conmigo, habían empleado un sistema de correspondencia mucho más grato.

—Yo tampoco. Rod.

El de las notas estaba bien enterado de que era difícil localizarme en la oficina.

Pero la nota estaba en mi poder.

—¡Es increíble, Derek! —Y preguntó de repente, muy seguro de que no era verdad—. ¿Será una broma?

—Si es una broma, Rod, me estoy acordando de los familiares allegados del bromista. Su «mamaíta» en especial...

No.

De broma, ¡nanay!

Aquello tenía trazas de algo muy serio.

Demasiado serio.

Excesivamente serio.

—¡Ah! —exclamó mi compañero, saliendo por unos momentos de su consternación—. Con todo esto, casi se me olvida.

Ensayé un visaje de sorpresa.

—¿El qué?

—Un cable que ha llegado hace media hora de Washington. Para ti.

Mi sorpresa rebasó las fronteras de la normalidad.

Abrí ojos y boca.

—¿De Washington...? ¿Para mí...?

Nada mejor que tener debajo de las narices el «cuerpo del delito» para convencerme.

Eso hacía Rod. Meterme el telegrama a un palmo de la boca como si fuera un *tuti-frutti*.

Era noche de misivas.

«EFECTUÉ INMEDIATA PRESENTACIÓN OFICINA
CENTRAL WASHINGTON D. C. MUY URGENTE».

¡Sopla!

Y lo firmaba casi nadie.

JOHN EDGAR HOOVER.

Me fui de cara al teléfono.

No importa ser refractario a las órdenes. En mi cabeza quedaba una pizca de lógica y un mínimo de sentido común.

—¡Operadora...!

—¿Sí?

—Habla el Departamento Federal. Quiero, inmediatamente, el número particular del director de la agencia en San Francisco de la Pan American World Airways.

Un silencio.

—Tome nota.

—Apunto... puede dictar.

Por una credencial obtenida en Quántico que no me daba la gana de quemar.

Porque en aquel momento...

A muchas millas de San Francisco...

El destino...

HELADA EN PLENO AGOSTO

Aquel recibimiento impresionaba al más pintado.

El despacho, tan inmenso, con sus butacas, sillas, la regia e imponente mesa, los cortinajes, la enorme bandera y el retrato del presidente, sobrecogían.

—Ha llegado el agente Derek Cleyman, de San Francisco.

—Que pase —contestó una voz severa.

El ordenanza me introdujo en el despacho.

Yo, casi tímidamente, avancé despacio sobre la alfombra que silenciaba el roce de mis zapatos.

Cinco hombres sentados.

Uno de pie.

Le estaba entregando un portafolios al que se hallaba acomodado tras la mesa.

Desapareció a los pocos instantes de entrar yo por una puertecilla situada a la izquierda de la bandera.

Apenas pude distinguir sus facciones, pero sí lo suficiente para identificarlo: John Edgar Hoover.

El director del

F. B. I.

¿En qué jaleo me había metido?

—Acérquese, Cleyman, acérquese —me dijo el de la mesa.

Lo reconocí de inmediato.

Se trataba de Elliot Colinsway, el hombre de facciones severas y cabellos canos que, no mucho tiempo atrás me preguntara:

«—¿Qué motivos le impulsan a solicitar su ingreso en el

F. B. I.?».

Me detuve a un par de pasos de la mesa.

Frente a ella, había cinco butacas, repartidas en amplio semicírculo.

Cuatro, ocupadas.

La del centro, libre.

—Siéntese, Cleyman —me invitó Colinsway, señalando la referida butaca que, precisamente quedaba delante de él.

Así lo hice.

—El señor Baldwin Carrigan —señaló al último que estaba situado a mi izquierda—, jefe de los Servicios de Inteligencia. El señor Larry Teller —éste quedaba a mi lado—, jefe del Departamento de Defensa. El señor Harvey Wallace —el primero de mi derecha, a quien yo ya había saludado con una inclinación de cabeza, puesto que había sido uno de mis profesores de Quántico—, subjefe de nuestra Academia de Instructores. El señor Eirik Garland —era el último de mi derecha—, profesor en sicología y director de nuestra academia de Washington.

Mientras yo iba saludando sin moverme de mi asiento, Colinsway hizo una breve pausa para concluir la presentación, diciendo:

—El agente especial Derek Cleyman, de la División Federal de San Francisco.

Dijeron: «Bienvenidos».

Yo, como siempre, para no estar de acuerdo, pensé; «Mal llegado».

—¿Nos quiere enseñar la carta, Cleyman? —Me presunto Colinsway.

Un tanto desconcertado, repetí:

—¿La carta?

Una sonrisa, oscura y triste a la vez, floreció en labios de mi interlocutor.

—La misiva del «Profesor Sicosis» —aclaró.

Dejó escapar un silbido.

—¡Ah...! —exclamó—, ¿ustedes también...?

—Nosotros también la hemos recibido —me atajó cortante—. No hay un solo miembro del

F. B. I.,

que no esté en posesión de esa carta.

En nuestra época, que un chiflado de truculento seudónimo se atreviese a desafiar una organización como El

F. B. I.,

era para troncharse de risa...

O tomarlo muy en serio.

Que por lo visto, era lo que aquellos caballeros habían hecho.

Le entregué mi carta. Relaté de qué forma la había recibido y nadie se extrañó por ello.

—Bien, Cleyman —habló Colinsway con su gravedad característica—. Primero le pondremos al corriente de los hechos desde el principio. Luego, le enteraremos del por qué ha sido llamado.

Nada dije. Nada tenía que decir. Ellos mandaban aunque a mí, eso, no me gustara demasiado.

Elliot Colinsway carraspeó varias veces antes de comenzar lo que prometía ser un interesante relato.

Mucho más de lo que yo imaginaba.

—Lou Curtis —empezó al cabo de unos segundos—, inspector del

F. B. I.,

uno de nuestros hombres más brillantes, con un palmarés poco menos que inigualable dentro de este organismo, fue enviado a Chicago hace dos meses para intervenir en un asunto de trata de blancas que, desde cuestión de año y medio, nos llevaba de coronilla. A los siete días de su llegada a Chicago, Curtis comunicó haber efectuado importantes descubrimientos, todavía no confirmados, pero que esperaba verificar en breve. Según su informe, el tráfico de la desdichadas mujeres se efectuaba a través de una agencia cinematográfica. El pretendido director artístico que figuraba al frente de la no menos pretendida agencia, se encargaba de embaucar a las muchachas que escribían contestando a un anuncio insertado en los principales rotativos de Chicago. Por lo visto, luego de hacerles unas pruebas verosímiles, más o menos las que suelen hacer todos los agentes cinematográficos, se le decía que la prueba definitiva debía tener lugar en los estudios que la productora tenía instalados en algún lugar del Canadá. Al parecer, esto ya entraba en el campo hipotético de Curtis, cuando las muchachas alegaban no tener pasaporte para trasladarse al Canadá la agencia daba poca importancia a ese detalle diciéndoles que, como la prueba duraría a lo sumo un par o tres de días, no era necesario el pasaporte puesto que ellos ya tenían concertada una autorización con el Estado para poder llevarlas al Canadá sin

pasaporte y regresarlas de nuevo a Estados Unidos.

Hizo una pausa. Luego, pareció preguntarse a sí mismo:

—¿Dónde eran... o son enviadas las chicas una vez en Canadá? La hipótesis de Curtis no llegaba tan lejos pero confiaba en saberlo no a mucho tardar. Periódicamente siguió informando del curso de sus investigaciones que, de una forma inesperada, parecieron estancarse. Transcurrieron veinte días sin que recibiéramos noticias de Curtis, lo cual nos obligó a ponernos en contacto con él por medio de la División Federal de Chicago. Respuesta negativa. Lou Curtis había desaparecido. Su extraña conducta y misteriosa desaparición les llevó a pensar, en principio, que Lou se hallaba ya sobre la pista definitiva pero impedido de comunicar noticias y paradero por temor a ser descubierto.

»Algo más de una semana tardamos en salir de nuestro error. El día en que se nos comunicó desde la División Federal de Miami que Lou Curtis había sido encontrado en Palm Beach, por un grupo de bañistas, flotando a media milla de la playa... MUERTO.

Los demás, como se sabían la historia al dedillo, amanecieron con la boca cerrada.

Pero yo, ingenuo e ignorante, solté la exclamación de rigor:

—¡Muerto!

Vi cómo la cabeza de Colinsway bajaba dos veces de arriba abajo.

—No es la primera, ni tampoco será la última vez, que un miembro del

F. B. I.

es asesinado en el transcurso de una investigación. Es un golpe duro, desde luego, pero al que por fuerza y por desgracia hemos tenido que habituarnos. El criminal no escapa. Es frase de nuestro Director, que: *«Quien haya infringido la ley, tarde o temprano es obligado a responder de su delito»*. Con mayor motivo, cuando se trata de un miembro del Departamento Federal. Pero la muerte de Curtis, habíase producido en circunstancias anómalas, inverosímil inconcebibles... ¡y prácticamente imposibles! ¡HABÍA MUERTO HELADO! ¡MUERTO DE FRÍO!

Yo sí que me quedé helado.

—¿En... Miami? ¿A una temperatura de cuarenta y cinco grados aproximadamente?

—A esa temperatura, Cleyman. Todos los médicos lo afirmaron rotunda y categóricamente. Tanto es así, que se consideró innecesario proceder a la autopsia.

—¡Cielo santo! —exclamé.

—No se alarme, Cleyman. Eso sólo es el principio.

—¡Ah! —solté, con mayor desenfado ahora—, ¿sólo es el principio?

Mis ironías no pueden decirse que le hicieran a Colinsway excesiva gracia.

Me miró fulminante.

—A los pocos días de ser sepultado Lou Curtis, empezamos a recibir esas notas que firma el «Profesor Sicosis». Aparentemente, el hecho no tenía relación alguna con la extraña muerte del inspector. Mejor dicho, a ninguno de nosotros se nos ocurrió ni remotamente establecer un nexo de unión entre una cosa y otra. Posiblemente, preocupados por las misteriosas notas, nos olvidamos por el momento del caso Curtis, de las investigaciones, en cuyo transcurso había encontrado una muerte tan incomprensible.

»Transcurrida una semana desde el primer día que se recibieron esas notas, Everett Jarber, director Jr., de nuestra academia de instructores, que fue quien recibió la primera, apareció muerto en su despacho de la Academia de Quántico con dos balazos en la cabeza. Al pie de la mesa se encontró el arma homicida, un revólver del “38”, exactamente igual a los que se entregan a nuestros agentes en el momento de recibir el nombramiento. Examinada el arma detenidamente por los peritos, pudo comprobarse y establecerse que, el revólver “38” hallado junto al cuerpo del infortunado Jarber... *había pertenecido al inspector Lou Curtis y en la culata, con claridad, se hallaban impresas sus huellas dactilares.* ¡Ah! he omitido algo...

Extrajo del cajón central una cuartilla que depositó sobre la mesa empujándola hacia mí por encima de la pulida superficie.

—Este papel fue descubierto en la solapa de la chaqueta de Everett Jarber, prendido a ella con un alfiler.

Mientras él hablaba yo leía:

«MIS SENTENCIAS NO DEBEN TOMARSE EN VANO. PROFESOR SICOSIS».

—¡Es... es increíble!

—No demuestre su asombro antes de tiempo, Cleyman —me dijo Colinsway con su imperturbable severidad—. El asesino había empleado el revólver de Curtis para cometer el crimen. Detalle que revestía una importancia relativa, considerando que Lou fue encontrado en la playa, con bañador, y ninguna de sus pertenencias pudo ser recuperada. Que sus huellas figurasen en el revólver, era lógico, previniendo la contingencia lo que el asesino hubiese empleado guantes. Sin embargo, ya no era tan lógico que en esta cuartilla —señaló con el índice la que se encontraba encima de la mesa—, también estuviesen fijadas *las impresiones digitales del inspector Curtis*. ¡De un muerto! Sí, sí... —añadió como si hubiese intuido mi pensamiento—, procedimos inmediatamente a la exhumación del cadáver de Curtis. Pero... *¡El ataúd estaba vacío!*

Fue tal mi consternación que no me quedaron ánimos para decir esta boca es mía.

Por espacio de prolongados minutos un denso silencio, un silencio de sepulcro, descendió sobre todos nosotros.

Después, con una lentitud que denotaba el verdadero estado de ánimo de Elliot Colinsway, musitó más que dijo:

—La extraña muerte de Curtis, la incomprensible desaparición de su cadáver, las misivas, el crimen perpetrado en la persona de Everett Jarber y el enigmático «Profesor Sicosis», unidos por un nexo espeluznante. Algo sin parangón en nuestro libro de efemérides. Una pregunta queda y quedaba en el aire: El nexo... ¿se hacía, se hace extensivo a la misión encomendada a Lou Curtis? Respondiendo con lógica. ¡Sí! Ese criminal llamado «Profesor Sicosis», jefe de la red de traficantes de mujeres, tras descubrir los propósitos de Curtis, ordenó su muerte. ¿Cómo lo helaron? Tan incomprensible como preguntarse de qué forma lo «resucitaron». Pero, aun dando crédito a esa hipótesis, ¿por qué enviarnos a todos esas misivas? ¿Por qué asesinar a Everett Jarber?

Un breve silencio.

—¡Nada! —exclamó con repentina exaltación—. ¡No sabemos nada! ¡Vamos a la deriva! Todo... porque un cerebro diabólico nos ha desafiado, nos ha sentenciado... ¡se ha propuesto destruir al F. B. I.!

La Prensa, opinión pública, ignora estos extraños y enigmáticos

sucesos. Pero... ¿podremos seguir ocultando la verdad a medida que vayamos cayendo bajo la sentencia de ese diablo? No. No podremos. ¿Y qué...? Cundirá el pánico. El terror se apoderará de la nación cuando el pueblo se dé cuenta de que precisamente nosotros, el organismo policíaco preponderante, el más famoso del mundo, es incapaz de enfrentarse a un criminal de esa magnitud. ¿Y los demás países? —Cabeceó con tristeza, con profunda conmiseración—. En muchas partes del globo nuestra desgracia servirá de diversión... hasta se ilustrarán viñetas cómicas... ¿Qué nos está sucediendo... qué?

Yo, Derek Cleyman, no tenía noción de nada. Ni de lo que estaba sucediendo, ni de lo que había sucedido, ni de lo que sucedería.

Y menos, del por qué estaba yo allí, frente a Colinsway, rodeado de las eminencias grises del *Federal Bureau of Investigation*.

Posiblemente, el hombre de facciones severas, ahora tristes; el hombre de cabellos canos, ahora erizados, adivinó la pregunta que surcaba los pliegues de mi frente.

—Está usted desconcertado, Cleyman —anunció, mirándome con fijeza. Más que eso, escrutadoramente. Y agregó—: ¡No por los hechos... no por los hechos! ¿Verdad? Eso, le ha sorprendido como sorprendería a cualquiera que hubiese estado escuchando. Pero, la verdadera razón de su desconcierto radica en el hecho de encontrarse aquí, de verse entre nosotros... ¿no?

Un poco más tranquilo, pasada ya la impresión, supe encogerme de hombros muy deportivamente.

—Bueno —dije procurando mantenerme serio—, la historia que usted acaba de relatar, no es precisamente una película de Jerry Lewis. Me imagino que hasta «Belphegor» se sentiría intranquilo. De todas formas con sinceridad, no me explicó el porqué de mi presencia.

—Lo sabrá enseguida —nada objetó a mis sarcasmos—. Vamos... —Hizo un fugaz alto, antes de soltar decididamente—, *vamos a expulsarle del*

F. B. I.

¡Toma, Mariano!

Ésta sí que era buena. Primero, me hacían agente «por narices». Y ahora, luego de imponerme acerca de los manejos del simpático «Profesor Sicosis», me ponían de patitas en la *rue*.

¡Como si yo tuviese la culpa de que...!

—No de rienda suelta a su imaginación, Cleyman —la voz de Colinsway se filtró en mi cerebro truncando mis pensamientos—. Lo vamos a expulsar teóricamente.

—Y eso... ¿por qué? Si es que puedo saberlo, claro.

—Porque es usted el hombre que necesitamos —respondió de un tirón—. Usted, Derek Cleyman.

Bueno, aquello empezaba a pasar de castaño oscuro. ¿Se habían propuesto volverme majareta?

Empleándome con mis términos habituales, olvidando de una definitiva vez dónde y ante quién me encontraba, fui el Derek de siempre.

Solté:

—Le sugiero que se exprese con la suficiente claridad como para que un cerebro obtuso cuál es el mío, comprenda el crucigrama verbal que me está planteando.

¡Vaya, hombre, vaya!

Lo vi sonreír por primera vez. Apagadamente, pero lo vi sonreír.

Me acordé de ciertas historias que mi padre había contado de Greta Garbo.

—Voy a expresarme con meridiana claridad, Cleyman. Recuerda que en cierta ocasión le pregunté los motivos por los cuales había solicitado su ingreso en el

F. B. I.,

y...

—Y yo le contesté que el motivo llevaba mi apellido.

—No hace falta entrar en detalles —me cortó. Y mirando a Harvey Wallace que, como todos, se mantenía en silencio, le preguntó—: Durante la estancia en Quántico de Cleyman, usted, aparte de instruirle, habló con él de una forma particular, ¿no? ¿Qué le dijo Cleyman que hubiese deseado ser en la vida?

El de los cabellos grises, aunque había perdido aquella jovialidad con que yo le conociera, respondió afablemente:

—No fue la suya una contestación concreta, señor. Pero insinuó que quizá, de acuerdo con su carácter, la profesión que mejor hubiese encajado era la de detective...

—Así que —interrumpió Colinsway, que parecía tener especialidad en dejar a los demás con la palabra en la boca—,

¿detective, eh?

Me estaba mirando con fijeza.

—Eso dije, señor. De-tec-ti-ve. ¿Es delito que uno quiera ser lo que desee ser y no lo que los demás quieran?

—Era usted muy mayorcito para que lo obligaran...

Ahora fui yo quien lo corté.

—¿Me he venido... o me han mandado llamar para discutir mis problemas personales, señor?

Conseguí que Elliot Colinsway agachara la cabeza.

—Desgraciadamente, cuando nuestra vida no vale un centavo, cuando la institución por la que todos hemos luchado poniendo lo mejor del propio ser está al límite de la hecatombe... no se puede discutir el problema personal de un individuo, so pena de que eso tenga una relación íntima con el acuciante problema que nos agobia —y en brusco giro de conversación, me preguntó—: ¿Es cierto que no hace muchos días tuvo una discusión violenta con un miembro de la policía local de Oakland llamado Bryan Kostka, al que agredió y maltrató de palabra y obra después de provocarle?

Sin inmutarme, respondí:

—Total y absolutamente cierto. Rigurosamente verídico.

—Motivo suficiente para que usted sea expulsado de *Federal Burean of Investigation*.

—Correcto. En teoría. Para que la Prensa se entere y el «Profesor Sicosis» me deje tranquilo; para que haga de investigador privado, de acuerdo con mi vocación y los intereses del

F. B. I.,

para que sirva de conejo de indias. Para que alguno de los caballeros que está aquí investigue al amparo de mi sombra. Es de suponer que un asunto de tanta gravedad no se lo van a encomendar a un principiante.

Más que desconcertarles, conseguí sorprenderles a todos.

Por lo visto, a pesar de los pesares, habían formado un concepto erróneo de mí.

No querer ser federal, era compatible con ser inteligente.

Lo habían olvidado.

—Cada vez, Cleyman —dijo Colinsway con voz opaca—, confirma usted mejor mis suposiciones. Cuánto ha dicho, es ni más ni menos la pura realidad.

—Yo mismo —intervino entonces Larry Teller, jefe del Departamento de Defensa—, dirigiré la investigación. Ya ve, amigo Cleyman, que esa misión no será encomendada ni al mejor de nuestros inspectores.

Me fijé en él.

Contaría unos cincuenta años, pese a lo cual tenía el cabello negro, brillante, en abundancia y muy ondulado. Los ojos castaños, la tez morena y muy decidida su expresión.

—Por mi parte —habló ahora Baldwin Carrigan, jefe de los Servicios de Inteligencia—, he decidido colaborar junto a Teller.

Carrigan era de mediana estatura, calvo, regordete, adornado el labio superior con un recortado bigote, vigoroso y de facciones un tanto duras.

—Nadie había solicitado mi cooperación —dijo seguidamente Eirik Garland, profesor en sicología y director de la academia de Washington—. Pero por mis conocimientos, creo poder ser de utilidad para combatir esa amenaza, amenaza que se ha convertido en tangible realidad al ser asesinado Everett Jarber, que se cierne sobre nosotros, sobre nuestras vidas y sobre nuestra organización. Mi hijo... —Su voz se quebró ligeramente—, se ofreció voluntario, apenas recién salido de Quántico, como cebo para atrapar un peligroso criminal. Le costó la vida. Su memoria y su ejemplo me exigen que sacrifique también la mía si es preciso, para salvar a nuestra organización. Puesto que ese enigmático personaje se hace llamar «Profesor Sicosis»... ¿quién mejor que un profesor de sicología para ayudar a combatirlo?

Era alto, atlético, de mediana edad, pero muy bien conservado merced al cuidado físico que daba a su cuerpo, de facciones ariscas pero noble y leal la mirada de sus ojos pardos.

—Sólo puedo decir —le tocó el turno a mi buen amigo e instructor Harvey Wallace—, que la muerte de Everett Jarber, mi inmediato superior, es suficiente para que contribuya con todo mi esfuerzo a la captura de ese criminal... sin pensar en mi vida propia.

Decidí aportar mi granito de arena. Y lo hice como yo sé hacerlo. Con una ironía desmesurada.

—Conmovedor, caballeros, conmovedor —pronuncié mirándolos uno a uno, para terminar con mis ojos clavados en Colinsway—. Su

amor a la organización y su concepto del deber es digno de encomio y escogidos panegíricos. Pero, así de pasada, ¿quieren decirme qué «pito» toco yo, en este asunto, una vez «despachado» y convertido en todo un pesquisa?

—No se haga de nuevas, Cleyman —dijo Colinsway con sequedad y nerviosismo. Nerviosismo que me hizo pensar, sonriéndome a mí mismo, si en realidad era el miedo que sentía a la confirmación de sentencia del «profe». Siguió—: No hace falta saber álgebra ni ser un lince para comprender la clase de individuo que es usted. ¿Quiere que se lo diga? —asentí sin pronunciar palabra para que él mismo, respondiese—: Un inadaptado, díscolo de carácter, rebelde, de conceptos muy avanzados y erróneos sobre la libertad del hombre, violento y agresivo por naturaleza, irónico, rayano en el escepticismo, cauto cuando le conviene, sagaz... y *excesivamente inteligente*. Su retrato sicológico, Derek Cleyman. ¿Algo que objetar, profesor Garland?

Consultaba al versado en ciencias humanas.

—Nada, señor. Es el concepto que formé de Cleyman a través de su paso por la Academia.

Pues antes lo habían disimulado bastante bien. ¿Me estarían tomando el pelo?

No, posiblemente no.

El «Profesor Sicosis» los tenía demasiado preocupados, demasiado temerosos... DEMASIADO ATERRADOS.

—Al grano, caballeros —me disparé de improviso.

—Derek Cleyman —habló Colinsway—, hemos supuesto que todo empezó con la muerte de Lou Curtis. Con su incomprensible muerte. Errados o no, debemos, relacionar ese crimen con la misión que se le encomendó. Por ahí empezará usted. Ya tiene su licencia de investigador privado dispuesta, su oficina instalada en el 1132 de Michigan Avenue, Chicago, muy cerca del «Lake Calumet». Allí se dirigirá una vez «expulsado» del

F. B. I.,

y esperará a su primera clienta, SU PRIMERA CLIENTA, llamada Viola Young. Ella, le contratará para que investigue la desaparición de su hermana, Didi Young, la cual vio por última vez...

—Al despedirse diciendo que iba a realizar unas pruebas en ciertos estudios cinematográficos de Canadá y que tardaría dos o

tres días en volver —terminé yo, para confirmar mi retrato psicológico—. ¿Es eso?

Asintió Colinsway.

—Exactamente. Pero al mismo tiempo, en busca de pistas para iniciar investigaciones sobre la desaparición del Didi Young, acudirá a una mujer llamada Zarah Shannon. Es propietaria de un club nocturno, el «Tokyo», y era confidente del fallecido Lou Curtis...

—Lo de fallecido... ¿no le parece que está por ver?

—Usted lo verá, Cleyman. Lo mismo que verá si ése es el buen camino para llegar hasta el «Profesor Sicosis». Arrancamos de un punto hipotético, relacionando las investigaciones de Curtis con todo lo sucedido después, pero... podemos estar equivocados.

—¿Es cierto lo de Didi Young?

—Tan cierto como que su hermana forma parte de nuestro servicio femenino de investigación.

—¡Rábanos! —solté con toda tranquilidad. Preguntando—: ¡Ah! un detalle, ¿qué hay de la productora?

—Madison,

Brodyne & C.^o

Associate Production. Halsted Street, 983. Cae muy cerca de su oficina, Cleyman. En la calle de atrás precisamente.

—Muy precavido, señor. Todo muy bien pensado. ¿Qué más?

—Estos caballeros —abarcó a los otros cuatro con la mirada—, trasladarán sus domicilios a Chicago... —hizo una pausa para extraer de uno de los cajones laterales un delgado portafolios—, aquí lo tiene todo detallado... —lo dijo empujando la carpeta hacia mí—, ellos se mantendrán en contacto estrecho con usted. El profesor Garland y el instructor Wallace concretamente, se convertirán en sus sombras para protegerle, ayudarle, sacarle de un apuro, prevenirle de algún peligro...

—Y estar al corriente de lo que he averiguado... si la «palmo». ¿Es lo que iba a decir?

—En otros términos, por supuesto.

Sonreí burlonamente.

—Jugarse la pelleja, señor —dije con displicencia—, en música o poesía, no deja por ello de oler a cirios ardientes, ramos de siemprevivas, carne corrupta, ataúd de más o menos precio, losa de mármol o granito y largos cipreses muy silenciosos a su alrededor.

Lamento, lo lamento infinito, que mi filosofía sobre la vida y la muerte no vaya adornada de la bien sonante expresión fonética que usted sabría darle. Soy así de vulgar en todas mis cosas. Eso... eso que decíamos antes. Un inadaptado. Desde luego... —Los miré uno tras otro por segunda vez, detenidamente, haciendo alto en la severa figura de Elliot Colinsway—, han tenido ustedes mucha suerte, señores. Lo único que no me asusta de la vida... es precisamente la muerte.

Colinsway, no quiso, no supo, quizá no pudo, rebatir mis argumentos vulgares, llenos de una real filosofía.

Llenos de verdad.

Consultó su reloj de pulsera.

—En estos momentos —habló, como si no me hubiese oído—, se está informando a la Prensa del proceso que contra un agente llamado Derek Cleyman de la División Federal de San Francisco, se está siguiendo en el aula privada de justicia de este edificio, y de los cargos que han motivado que el expediente se elevara al tribunal. Le harán muchas fotografías... Derek.

—Lo siento en el alma, señor. Por mi padre.

Palabra que la extraña sonrisa, la segunda sonrisa que vi en labios de Colinsway, me desconcertó totalmente.

Me dirigí, como un autómatas, hacia la puertecilla por la que viera desaparecer a John Edgar Hoover.

Atisé por el «alojamiento» de la llave.

De contemplar a la Sophia Loren cambiándose el vestuario íntimo, me hubiese quedado más fresco que una docena de lechugas en remojo.

Pero... ¡pero contemplar al canoso autor de mis días y noches —las noches habían sido de aúpa desde que cumplí los dieciocho—, platicando con el director del *Federal Bureau, of Investigation*!

Giré en seco para clavar mis ojos en Colinsway.

—¿Quiere mirar por el agujero de la cerradura de aquella puerta?

—¿Qué clase de mascarada es ésta? —pregunté intemperante.

Cuadrando las mandíbulas, pronunció:

—Mida las palabras, Cleyman. Procure expresarse correctamente. Esto no es Harlem ni el Chinatown.

Un poco embalado, especulando con la necesidad de mi

colaboración en el difícil asunto, solté:

—Pues tiene todas las trazas de serlo, señor. Creo que todos ustedes se han pasado de «rosca». Dicen que soy muy inteligente y están jugando conmigo lo mismo que un niño con su oso de trapo.

Nació la tercera sonrisa, triste, pero sonrisa al fin, y a la postre, en labios de Colinsway.

—Pronto está explicado, Derek. Su padre, que no es lo egoísta que usted supone, comprendiendo su error al interceder por su graduación en Quántico, solicitó a nuestro director que fuese usted licenciado. Al hablarnos de lo sucedido entre su subordinado Kostka y usted, ofreciéndolo como motivo para su expulsión, aunque él sólo pretendía dejarlo en libertad para que decidiese usted por sí mismo el camino a seguir, nos facilitó inconscientemente la llave para intentar abrir la puerta tras la que se oculta nuestro enigmático enemigo.

Se puso en pie, imitándole los demás.

—Le repito —se dirigía a mí, golpeando con la derecha el portafolios—, que aquí dentro tiene instrucciones detalladas. Usted será el primero en partir hacia Chicago. Dentro encontrará su boleto.

Solté una carcajada que los dejó perplejos a todos.

—¿Qué ocurre...?

—¡Oh, nada! —exclamé—. Iba a decirle que si el «Profesor Sicosis» los sigue... «liquidando», me avisen oportunamente para que cambie mi oficina de dirección. De todas formas, una vez expulsado... así de «trampillas», estoy fuera de todo riesgo.

Me dirigí hacia la puerta grande, volviéndome desde el centro de la estancia para preguntar con sorna:

—¿Me veo bien para los retratos?

Nadie me contestó.

—¡Ah! señor —se lo dije a Colinsway—, salude a mi progenitor. Dígale que si mis clientas lo permiten... le enviaré postales desde Chicago. ¿Desean algo más de mí?

Silencio.

Alcancé la puerta, cerrándola detrás de mí con sumo cuidado.

No sé los de dentro qué estarían pensando, pero yo, que conmigo era poco escéptico, daba vueltas y más vueltas al hecho de que un hombre hubiese muerto congelado en pleno mes de agosto.

Lo de resucitar, era todavía más peliagudo.
Pero la helada en pleno agosto...

VIOLA YOUNG

Abrí la puerta.

Me la tropecé recostada en el umbral con indolencia.

Y con un vestido muy veraniego, translúcido, opresor de cuánto la madre Naturaleza, tan pródiga ella, le había regalado.

Ya se sabe, uno crece, las cosas crecen, los días pasan... y uno se va situando en la vida, o la vida se sitúa en uno, o...

Todo se sitúa muy bien.

—Es un verdadero placer recibirte, Viola.

Me sonrió.

Con su boca húmeda, brillante, entreabierta.

—¿Puedo pasar?

Y proyectó hacia delante algo que los caballeros no deben rozar sin la correspondiente autorización de la propietaria.

—Estás en tu casa —dije, haciéndome a un lado.

De todas formas, percibí un fugaz y cálido roce.

—Veo que te han instalado bien, Derek.

Estábamos ya en el despacho.

—Todo lo bien que se merece un detective de mi categoría, encanto.

Se dejó caer en una silla.

—Háblame de tu hermana mientras yo te contemplo.

Era rubia. Muy rubia.

De ojos azules como el mar, contenidos en un envase oblicuo ligeramente prolongado hacia las sienas.

Nariz picara. Boca sensual.

—Lo de mi hermana es cierto, Derek. Supongo que te lo han dicho.

Busto erecto, firme, comprometedor.

—Me lo han dicho, preciosa.

Las rodillas eran una monería.

—No me parece gracioso bromear sobre este asunto.

Las piernas sonrosadas que el frágil vestido no conseguía cubrir, sentada, ni poco ni mucho.

—Nunca bromeo en el ejercicio de mis funciones.

Caderas como las de Viola sólo se veían en los «rollos» de James Bond.

¡Menudas niñas!

—Ya sabes a lo que he venido. Soy tu justificante para que investigues. Acabo de contratarte.

Me hablaba con un desprecio que contrastaba con la sonrisa ofrecida desde el umbral de la puerta.

—¿Qué hay de mis honorarios?

Cruzó las piernas.

Seda natural.

—Cobras del mismo sitio que yo.

¡Qué cruce!

—Oficialmente estoy establecido por mi cuenta.

Descruzó las piernas.

—¿Cómo quieres cobrar?

Se me formó un nudo en la garganta.

—¡Je! —Sonreí—. En dólares, por supuesto.

Se puso en pie, avanzó hacia la mesa... no sé por qué, su forma de moverse, sus piernas al contonearse... me recordó a Juliet Gisleyer.

—¿Porque era rubia quizá...?

¿Por sus formas...?

Dos sonoras y bien administradas bofetadas restallaron sobre mis mejillas.

No.

Juliet no hubiese hecho eso.

Me ardía el rostro.

—¿Sabes judo? —le pregunté, viéndola regresar a su asiento.

—Soy policía. Mi hermana ha desaparecido. Tengo en mi poder una misiva en la que se me amenaza de muerte. Dicen que debemos confiar en ti... ¿qué clase de tipo eres que propones o insinúas a la primera mujer que cruza las piernas delante tuyo?

Había metido el dedo en la llaga.

—Oye, encanto —solté desabrido—. Para que lo hagas constar

en acta, te diré que estoy curado de toda clase de espantos. No me impresionan lo más mínimo tus piernas ni las de ninguna otra mujer. Te miro porque me gustas, eso es todo. Pero no te las des de lista conmigo porque ya estoy de vuelta hace mucho tiempo. No hace falta tampoco que me hables del asunto de Didi. Lo he leído en el expediente... como también he leído que vendrías tú para justificar oficialmente mis investigaciones. Correcto. Has cumplido. ¡Largo ahora!

Se, se, se... levantó.

Vino hacia mí.

Se inclinó.

La situación orográfica apenas contenida en el mapa se desbordó en forma de abruptos promontorios.

—Muy irascible, pesquiza... eres un tipo agradable a pesar de los pesares.

Me levanté, sin apartar mis ojos del mapa.

Para entonces ya la tenía enroscada en mi cuello. Un beso.

—¿Cuándo volveré a verte, Viola?

—Esta noche... Derek.

—¿Vives en...?

Un beso.

—Nos encontraremos en el «Tokyo»... ¿no has leído las instrucciones?

Se escapó con la ligereza de un ofidio.

Cuando llegué a la puerta apenas pude ser el fugaz contoneo de sus caderas al desaparecer por el recodo inferior de la escalera.

Pero percibí el rítmico taconeo de sus zapatos hasta que dejó atrás el vestíbulo del edificio.

NORA BRODINE

Pensé.

No es broma.

En que Viola Young, del servicio femenino del
F. B. I.,
me había recordado otra mujer.

Juliet.

Hay veces en que lo difícil se convierte en algo asombrosamente fácil.

Pensar por ejemplo.

Juliet traía a mi recuerdo la chica de la carretera.

Vilma Talbot... así me había dicho que se llamaba. Insuperable.
Como ninguna.

Por ella mi cerebro alcanzaba la misiva que me enviara el
«Profesor Sicosis».

¡Cómo no se me había ocurrido antes!

Cierto que todos los miembros del Departamento Federal tenían
en su poder la carta de amenaza.

No había tiempo para preguntarles uno a uno de qué medios se
habían servido para hacérsela llegar.

Sin embargo, eso demostraba que el enigmático personaje
disponía de una organización extraordinariamente bien montada.

Que conocía a todos los componentes del *Federal Bureau of
Investigation*.

Un momento, un momento... me iba de la cuestión.

Yo pensaba en el medio de que se había valido el «Profesor»
para enviarme la nota.

Una mujer en la carretera. Un coche estropeado. Un cómplice.

Correcto.

¿Cómo sabía Vilma Talbot que yo pasaría aquella noche por la
carretera de San Francisco a San José?

¿Cómo reconocerme si no nos habíamos visto nunca? Indudablemente, tenía que estar enterada de que yo conducía un «Packard».

Pero... ¿cómo había obtenido la información?

Todos estos pensamientos estaban motivados porque Viola Young me había recordado...

¡Juliet Gisleyer!

Eso era. Lo difícil convertido en fácil. El detalle en el que ni remotamente se me ocurriera pensar.

¡Juliet!

Nos habíamos conocido dos meses atrás.

En la playa.

Nos habíamos visto por las tardes.

Nunca por la noche.

Aquella noche me había llamado.

¿Por qué?

La soledad de su *cottage* la aterraba.

Y no se había dado cuenta hasta aquella noche. Creo que brinqué de la silla.

Juliet me había llamado para que recorriera la carretera en donde Vilma Talbot me aguardaba para introducir en mi bolsillo la misiva del «Profesor Sicosis».

Calma.

La muerte de Lou Curtis, su no muerte, el asesinato de Everett Jarber... todo ello relacionado, sin duda, con el enigmático personaje de las misivas.

¡Y le estábamos haciendo su juego!

Investigando desde el punto de partida que, obvio, era lo que él esperaba.

Ni Colinsway, ni tampoco los otros, habían dado importancia al sistema empleado para hacer llegar hasta mí la amenaza.

Y tenía mucha importancia... muchísima.

Era necesario que me deshiciera de los cuatro sacrificados magnates del

F. B. I.,

que trataban de justificarse siguiendo mis investigaciones, unas investigaciones absurdas que no conducirían a ninguna parte.

O quizá... a morir congelados.

La idea fue tomando forma en mi cerebro.

Necesitaba trabajar solo.

Solo.

¡Riiiiing! ¡Riiiiing!

El zumbador de la puerta se coló por entre el hilo de mis pensamientos, truncándolo con violencia.

Di un manotazo sobre la mesa.

—¡Maldita sea! —mascullé.

Pero abrí.

Correcto.

Era mi día.

—¿En qué puedo servirla?

También su melena refulgía con dorados destellos. Rubia. Muy rubia.

—¿Derek Cleyman... el detective?

Ojos azules. Nítidos. Profundos.

—De cuerpo entero... ¿señora o señorita?

Unos treinta años. Pero muy bien llevados. Nariz recta. Labios carnosos, colgante el inferior en atisbo de una sonrisa que podía decir mucho.

—Señora. Nora Brodine.

Cuerpo esbelto, ágil, rotundo, hasta exagerado por la crueldad de sus marcadas curvas.

Por lo enhiesto de sus salientes.

—¿Brodine? —La pregunta me la hice a mí mismo, pero en voz alta—. Diría que su apellido me es conocido. Pero... por favor, pase.

Me aparté. Y mucho. Necesitaba campo libre para avanzar con todo aquello sin peligro a los topetazos.

Falda tubo verde que cantaba la cadencia de su cintura cimbreaña y sus redondas caderas.

Jersey blanco. Incólume. Casi brillante.

—Siéntese, señora Brodine.

Pasé al otro lado de la mesa.

—Es posible... —Avanzó su busto unos centímetros—, que asocie mi apellido a la Madison,

Brodine & C.^o

Associate Production. Soy la esposa de Kester Brodine. Mi marido es copropietario y gerente de esa empresa cinematográfica.

Ni un solo músculo facial de mi rostro se alteró.

Aquello era algo que ni Colinsway, ni yo mismo, la verdad, habíamos previsto.

A las tres horas de abrir mi despacho se presentaba la mujer de uno de los hombres que yo tenía que investigar por cuenta de mi otra «cliente».

Muchas mujeres.

Demasiadas.

—Sí —afirmé. No llevé mis ojos al lugar en que ella se esforzaba por atraerlos—, es posible. Debo haber recordado su apellido por...

—¿Conoce la productora que mi marido dirige —me interrumpió—, llevando tan poco tiempo en Chicago?

O era muy lista, o excesivamente estúpida.

Opté por conceder más probabilidades al primer pensamiento.

—Y... ¿cómo sabe usted que llevo poco tiempo en Chicago, señora Brodine?

Abrió del todo su boca golosa.

—Porque necesitaba precisamente de un detective que llevara el menos tiempo posible en la ciudad.

—Nadie me conoce aquí... todavía.

—Pero tiene usted una placa abajo, en el vestíbulo, que no recuerdo haber visto ayer cuando vine a visitar a mi hermana Sussie. Ella vive en la sexta planta. Ahora, subía también a charlar con ella justamente para que me indicase... es una chica algo frívola que tiene muchas amistades del sexo opuesto... me ha sorprendido ver su placa, señor Cleyman. Ayer no estaba. Cuando menos se piensa... encuentra una al hombre que necesita.

De pocos días acá, yo estaba siendo el hombre que necesitaba mucha gente.

El cuento de mí «amiga» Nora no hubiese convencido ni al idiota de Bryan Kostka.

Pero decidí hacerle el juego.

—¿Por qué soy yo el hombre que usted necesita... y por qué necesita un detective que lleve el menos tiempo posible en la ciudad?

No sé qué hizo con la falda. Pero me percaté de que el forro era demasiado bronceado para ser tal forro.

—Mi marido conoce bien Chicago. Está introducido en todas las

esferas. Policía, detectives, actores, cantantes. Es... lo que llaman un hombre influyente, ¿comprende?

Le ofrecí un cigarrillo pero negó con la cabeza. Tras prender el mío y expulsar una tenue bocanada de humo, repuse:

—Creo entenderla. El hombre influyente puede evitar que los propósitos de su mujer se consumen. ¿Es por ahí?

Sonrió, toda tentación.

—Ha elegido el camino indicado.

—¿Por qué quiere divorciarse de su marido? —Efectué la pregunta con decisión porque estaba convencido de que el «cuento» no podía terminar de otra manera—. ¿Por qué, señora Brodine?

—Es usted muy sagaz...

Seguía jugando con el forro de la falda.

—Sólo intuitivo, señora. Pero no ha contestado a mi pregunta.

—Tengo varias razones, Derek —dijo, prescindiendo del «señor»—. Dos de ellas, fundamentales. Kester es el capitalista de la productora, Glen Madison, el oportunista, el aprovechado, el vividor. Mi marido no quiere darse cuenta de ello. Pero el capital que él invirtió al asociarse con ese sinvergüenza, es mío. Fui la heredera universal de una familia adinerada. Por eso Kester se casó conmigo. Además...

—Permítame, Nora —la interrumpí con una sonrisa. Agregando con buena dosis de cinismo—, tiene usted los suficientes atractivos físicos como para prescindir de adornos materiales que influyan en la decisión de un hombre a la hora de hacerla su esposa. No es un halago, es la verdad... por lo que veo.

El forro de la falda me pareció amarillo ahora.

¿Efecto óptico?

—Por favor, Derek. Déjame terminar... —Ahora, ya me tuteaba. Y siguió haciéndolo al añadir—: Mi marido tiene relaciones amorosas con otra mujer. Quiero que tú pruebes eso. Tengo un abogado de toda confianza que te servirá de testigo. Además, puedo proporcionarte un experto fotógrafo, para que obtenga las placas más comprometedoras que te parezcan convenientes.

—Si ganas, lo arruinas. La productora se va al agua... o pasa a ser de tu propiedad. Y además, te casas con el abogado.

Abrió mucho sus azules ojos.

—¡Pero...! —exclamó—. ¿Cómo sabes...?

Estuve a punto de decirle que el cuento era manido.

—Intuición —mentí—. Pura intuición. ¿Quién es ella?

—Una cantante, Derek. Una mujerzuela. Actúa en el «TOKYO». Tengo referencias de que en Nueva York era la *striptease más escandalosa de todo Broadway*.

Me la estaban preparando bien.

Hasta en el «TOKYO». Porque sabían que yo acudiría allí a seguir el rastro de Lou Curtis.

—¿Su nombre?

—Sonia Garth. ¿Aceptas el caso, Derek? Cinco mil, tengas o no éxito. Más otros cinco, si lo tienes.

Fingí meditar.

—De acuerdo —dije al fin—. Esta noche estudiaré el terreno. ¿Cómo me pongo en contacto contigo para pedirte abogado y fotógrafo si hacen falta?

—Te llamaré dos veces al día. Mañana y tarde.

La cosa estaba más que clara. Querían tenerme bien controlado para eliminarme en el momento oportuno.

¡Poco cara les iba a salir la broma!

—Y... ¿de presentarse un caso de emergencia?

—Ponte en contacto con mi hermana.

Antes de levantarse me hizo saber el secreto de por qué el forro del vestido pasaba del color bronce al amarillo.

El amarillo, seguro, no era forro de falda.

—De acuerdo. Esta noche me dará una vuelta por ese club. ¡Ah! ¿Cómo podré reconocer a tu marido?

—El tipo que veas pegado a las faldas de Sonia cuando termine su actuación.

De pie ya, se arregló el jersey un par de veces. Bien arreglado.

Para que yo me enterase.

—¿Hasta mañana, Derek? —inquirió sonriente cuando la acompañé hacia la puerta.

—Hasta cuando tú quieras, Nora.

Al revés que Viola, se fue escaleras arriba.

—Charlaré un rato con Sussie.

Me habló con el fin premeditado de obligarme a levantar la vista. Bastante mejor que una postal, desde luego.

—Cualquier día subiré yo... —musité antes de cerrar la puerta.

Luego, solté una carcajada.

Burda y estúpida historia.

Heredera universal de una familia adinerada. No sabía yo de ninguna heredera universal que tuviese una hermana.

Claro, claro... como era tan frívola, papá la había desheredado. Y mira por dónde, la descocada hermanita vivía precisamente en aquella escalera.

¡Cúmulo de casualidades!

¡Pandilla de imbéciles!

Lo había pensado antes de que llegase Nora.

Colinsway y los otros empeñados en que les hiciéramos su juego. Y ellos, esperándonos, para congelarnos en pleno verano.

En Washington se habían tragado el anzuelo. Lógico hasta cierto punto, creer que el «Profesor Sicosis» deseaba destruir al F. B. I.

Había que rechazar eso, precisamente, por demasiado lógico.

Era la verdad, el motivo, la causa real que impulsaba a nuestro misterioso enemigo a crear aquella trama gigantesca lo que teníamos que buscar.

Obcecarnos en lo lógico era facilitar su labor.

Porque la lógica, estaba prevista en los cálculos del autor de las misivas.

Pero yo, se la iba a jugar a todos.

Incluidos los sacrificados caballeros de Washington.

Aquella noche haría lo que unos y otros esperaban de mí, pero... Me fui de cara al teléfono.

Detuve mi impulso después de marcar el primer número en el dial.

¡Imbécil!

Mis amigos y enemigos tendrían la línea recontra-parcheada.

Tomé asiento, para terminar de dar forma a mis proyectos. Me quedaba poco tiempo para pensar.

Pronto, muy pronto, empezaría a actuar.

SONIA GARTH

Salió de un taxi en el momento que me disponía a trasponer las puertas cristaleras del «TOKYO».

El club estaba en Lee Street, hacia las afueras de la ciudad.

—¿Qué tal me veo, Derek?

La miré largo rato antes de contestar:

—Te ves extraordinaria, Viola. ¿Qué haces para ser tan hermosa?

Dio un gracioso giro sobre los altos tacones.

El vestido de noche color violeta se ajustaba a los contornos de su cuerpo como una obsesión.

Una pesadilla.

Se colgó de mi brazo haciéndome sentir el contacto de sus firmes turgencias.

Para resistir aquella alta tensión se necesitaba un transformador de mucho voltaje.

—¿Entramos?

Le dije que sí con la cabeza.

—Pareces preocupado, Derek —insistió ante mi silencio.

—Y tú muy despreocupada, Viola. ¿Te has olvidado de la pobre Didi?

Me miró fijamente.

Como las otras.

Ojos azules. Cabellos rubios.

—¿Guardas muchas impertinencias todavía en tu surtido repertorio?

—Las que necesito para cada mujer rubia de ojos azules que se cruza en mi camino.

Vilma Talbot no era rubia.

—No sé si tornarte en serio, Derek. Pero tú parece tomar muy deportivamente una misión tan delicada como ésta.

—Todas las misiones son iguales, Viola.

—Nunca con tantas vidas en juego, ni tampoco con el prestigio de una organización como el

F. B. I.

No respondí.

Porque ya estábamos dentro del local.

Zarah Shannon, así se me había dicho en Washington que se llamaba la propietaria de aquello y confidente de Curtis, habíase gastado allí una millonada.

Sólo para conseguir un bien logrado ambiente oriental.

Sólo para repartir por los veladores sumidos en penumbra un plantel de auténticas *geishas*.

Al menos, vestían como en Tokyo.

Tenían los ojos como en Tokyo.

Eran tan dulcemente atractivas como en Tokyo.

—¿Desean una mesa?

Aquél, de japonés, no tenía nada.

Porque hablaba el idioma mejor que yo.

—Es lo mínimo que se puede desear una vez aquí dentro — respondí.

—Muy amable, señor —dijo, mientras nos conducía a un velador muy arrinconado donde siempre debía ser de noche, de esas noches oscuras como boca de lobo.

Nos sentamos.

—¿Qué tomarán? —Y sacó un pequeño bloc.

Interrogué a Viola con los ojos.

—Un *Manhattan* —pidió ella.

—*Whisky* —dije yo—. Sin soda.

Una música tenue poblaba el ámbito con las cadenciosas notas de una vieja melodía romántica.

Las luces tamizadas, eran tan sumamente difusas, que apenas se distinguían los rostros de quienes ocupaban las mesas más próximas.

No obstante, cuando conseguí acostumbrar los ojos a la semioscuridad, pude percatarme que no muy lejos de nosotros, en dos veladores vecinos, se hallaban, por este orden, Baldwin Carrigan, Larry Teller, Harvey Wallace y Eirik Garland.

Todos como sardinas. Dispuesto a ser cogidos en la red.

—Ya los he visto —susurró Viola, poniendo una de sus manos tersas sobre la mía.

—Parecemos seis *karts* haciendo carreras en el circuito de la estupidez.

Llegó entonces el camarero.

—¿Crees que conseguiremos algo?

Me callé la visita de Nora.

—Te lo diré cuando haya hablado con Zarah.

En aquel instante se iluminó la pista.

Un chorro de luz dimanante del proyector instalado en la balaustrada de madera que se alzaba cerca de la entrada, inundó el encerado de claridad diáfana.

Él *speaker*, para demostrar que era poliglota, anunció en tres idiomas la actuación de la supercolosal, de la extraordinaria, de la inigualable...

—¡Sonia Garth!

Con un vestido largo.

Negro.

Ceñido.

Poblado de brillantes lentejuelas que reverberaba como teñidas esmeraldas bajo un baño policromo.

Insuperable, sí.

Cantante, porque yo ya lo había supuesto.

Porque Sonia Garth... *¡era Vilma Talbot!*

Me contuve. Hice un esfuerzo sobrehumano para que Viola no se percatase de lo tenso que estaban mis nervios.

Ni yo mismo pude definir en aquel momento la extraña sensación que invadía todo mi ser.

¿Rabia...? ¿Ganas de atraparla por su pescuezo de cisne y retorcérselo hasta que soltase hasta la última palabra que sabía del asunto? ¿Necesidad de vengarme...?

La última pregunta me hizo estremecer.

¿La explosión jubilosa de mi deseo contenido de volverla a ver?

Temí que fuera eso.

Temí que Vilma, Sonia o como se llamase, se hubiera introducido en mi subconsciente de un modo intuitivo, ignorado, obsesivo, alarmante...

Porque estaba seguro de que había deseado volver a verla con

todas mis fuerzas.

No para retorcer su cuello de cisne. No para vengarme.

No.

—¡Derek! —exclamó mi pareja—. ¿Te sucede algo? Viola era mucho más hábil de lo que suponía.

Estaba notando mi inquietud... porque mi inquietud estaba a flor de piel.

—Nada... —musité, tratando de salir lo mejor posible—. Esa muchacha me recuerda a alguien... pero no consigo asociarla con ese recuerdo.

Cantaba.

Su voz, aquella noche, en la carretera, me lo había hecho intuir.

—«Tú, eres para mí, el más puro amor...»

Modulaba bien la inolvidable letra de «Smoke gets your eyes».

Al compás de la orquesta su cuerpo escultórico ondulaba con elegancia y estudiaba lentitud.

Sintiendo muy dentro de ella la música.

Entrecerrando sus negros ojos.

Cosquilleando con la punta de sus largos dedos por entre las hebras azabaches del azulado cabello.

¡Qué maravilla de mujer!

Parecía estar viéndola en la carretera, esparcidos al viento sus cabellos, separadas las piernas, extendido el pulgar hacia el sur.

¿Tendría que matarla?

—«... ésa es la verdad que yo contesté, a quien preguntó...»

—¿Has conseguido recordar? —inquirió de repente Viola, tras ingerir un sorbo de su *Manhattan*.

Me sobresaltó.

—¡Eh...! ¡Oh, no, no! Trato de hacerlo. Pero cuando uno se empeña...

—Piensa en otra cosa, Derek.

Sonreí de una forma que a mí, sin verme, me pareció extraña.

—¿No eres tú quien ha dicho que tomo muy deportivamente las misiones de vital importancia? —pregunté desabrido—. ¿En qué quieres que piense... en Tom y Jerry?

Viola, arisca en principio aquella mañana, deseaba mostrarse ahora como mujer.

La que es femenina no puede olvidarlo aunque le den una placa

y el revólver correspondiente.

Viola Young, era muy femenina.

Como Juliet Gisleyer.

Como Nora Brodine.

Y las tres rubias. De ojos azules.

Me puse en pie. De repente. Con brusquedad.

—¿Dónde vas...? —Noté que algo latía en su pregunta.

¿Anhelo? ¿Temor?

—Aprovecharé que todo el mundo está pendiente de esa muchacha para ver de localizar a Zarah.

Era mentira.

Serpenteando por entre las mesas di vuelta completa al local hasta situarme en la parte opuesta al velador que ocupaba Viola.

Capté, por el rabillo del ojo, el azul caudal de su mirada siguiendo mis evoluciones por la sala.

Carrigan, Teller, Wallace y Garland, también estaban pendientes de mí.

No creo que a ninguno de ellos les extrañara mi maniobra, puesto que sabían que el motivo de mi presencia en el «TOKYO» era el de ponerme en contacto con la propietaria.

Confidente de Lou Curtis.

Sin embargo, Zarah Shannon, estaba muy lejos de mi pensamiento.

Supuse que aquel pasillo que se iniciaba tras la vaporosa cortinilla adornada con dragones y extraños dibujos, sobre la que se leía: «PRIVATE», era el que conducía a los camerinos y demás dependencias de la empresa.

Aparté la cortina...

—La sala está al otro lado, paisano. ¿No has leído el letrero? Dice, en letras muy grandes: «PRIVATE».

No era precisamente un Rock Hudson.

Tampoco el doctor Frankenstein.

—Soy corto de vista, gorila.

La anchura de su torso lo delataba como *excácher*.

Igual que sus brazos musculosos y su nariz aplastada.

—Lárgate antes de que me incomode —dijo mirándome de abajo arriba.

Di media vuelta a la izquierda.

Otra media a la derecha.

Lo «cacé» de lleno en el plexo con un golpe seco aplicado con la punta de los dedos.

—¡Tu estampa...!

Jadeaba, medio encogido.

Le estampé la puntera del zapato en mitad del rostro haciéndole sangrar la nariz.

Retorciéndose por el suelo aún tuvo ánimos para sacar el «petardo».

Le sacudí un segundo patadón que supongo le astilló la muñeca al tiempo que la pistola volaba por los aires.

Pero el fulano tenía una capacidad de asimilación «leñeril» extraordinaria.

Saltó hacia adelante de inesperado y violento brinco.

Mi salto fue en tijereta.

Lo empotré materialmente en la pared del fondo. Allí rebotó su cabeza de bestia con macabro tintineo.

Terminó de bruces en tierra.

Me acerqué hasta él observando un mínimo de precauciones por si su aparente inmovilidad formaba parte de una vulgar argucia.

Estaba sin sentido.

Tiré del cuello de su saco arrastrándolo hacia el *closed*.

Allí lo dejé.

Luego estudié una puerta tras otra, eran varias las que asomaban al pasillo, hasta encontrar la que buscaba.

«*Mistress* Sonia Garth».

Entré.

Muy coquetón. Muy mono todo. Con ese descuido gracioso de prendas por aquí y por allá.

Medias colgando del biombo japonés.

Sobre el tocador, lo habitual.

Registré los cajones por encima y tuve que interrumpir la operación cuando llegó hasta mis oídos la salva de aplausos con que el público premiaba la actuación de Sonia.

Vilma.

La autostopista.

Me oculté tras el biombo un par de segundos antes de que se abriera la puerta.

Tomó asiento frente al tocador.

Empezó a frotarse el rostro con un algodón empajado con alguna sustancia de olor penetrante.

Salí, muy despacio, para que pudiera verme a través del espejo.

—Buenas noches... Vilma Talbot. ¿Encontraste gasolina para tu auto?

Con sus inmensos ojazos negros.

Con ellos me miraba intensamente.

—¿Quién es usted?

Sonreí.

—No te va el papel, muñeca. Finges muy mal... muy mal. Pero besas maravillosamente bien. Al menos, así lo demostraste en la carretera. Así que estás metida de lleno en el «ajo».

Se puso en pie, giró hacia mí, se recostó en el tocador, sonrió.

—Para verme de cerca, amigo, no es necesario hacer tanta comedia. ¿Quiere un autógrafo?

Solté la gran carcajada al tiempo que avanzaba unos pasos.

Me detuve muy cerca de ella.

—Empieza por besarme, Vilma.

Seguía mirándome con intensidad.

—Me llamo Sonia, Sonia Garth.

Lo sentí en el alma.

Pero las dos bofetadas que le largué cuando menos las esperaba, la hicieron voltear sobre sí misma y caer de espaldas encima del tocador.

—La primera vez me dijiste Vilma, Vilma Talbot. ¿Recuerdas? Tu jefe, el de la oficina de Sacramento te pellizcaba encima de las caderas. ¿Lo has olvidado? Ahora tenía miedo. O lo fingía.

—No... no sé de qué me habla... jamás lo había visto antes de ahora...

Se abrió la puerta.

—¡Sonia! Has estado...

Calló en seco al darse cuenta de mi presencia.

—¿Quién es usted? —preguntó secamente.

Alto. De cuerpo atlético. Músculos elásticos. Ojos oscuros. Facciones correctas. Bien trajeado.

El marido de mi segunda «cliente».

—Me alegra verte, Kester Brodine —solté sin inmutarme—.

Tenemos mucho de qué hablar tú y yo, ¿sabes? Me han dicho que te dedicas a comerciar con cierta clase de «productos» de dos piernas y faldas. ¿Es cierto que las mandas al Canadá? ¡Ah! por otra parte, tu mujer piensa divorciarse de ti. Se ha cansado de que tú y Madison negociéis con su «pasta». ¿Conoces al abogado con el que piensa casarse?

Perniabierto, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, me miraba escrutadoramente.

—¿Cómo te llamas?

Le enseñé los dientes en lobuna sonrisa. Mirándole de frente, no dejando por ello de observar a Vilma con el rabillo del ojo, murmuré:

—Undécimo: «No preguntarás lo que de sobra sabes». Cleyman. Detective privado. El cuento de Nora ha sido en exceso burdo y falto de lógica para que me lo tragara. Os he seguido el juego porque estaba seguro de que tú vendrías al camerino de esta ricura para confirmar tus fingidos amoríos. Ya sé que todos estáis en la ciénaga... con fango hasta el cuello. Madison, tú, Nora, ésta, Juliet... ¿quién de vosotros se hace llamar «Profesor Sicosis»? Ya me imagino que lo de las cartitas es para impresionar a Washington mientras vosotros continuáis el negocio... ¿por qué helasteis a Curtis... por qué lo deshelaisteis... por qué os cargasteis a un hombre que no tenía arte ni parte... Everett Jarber?

—No me cabe duda de que te has fugado de un centro psiquiátrico, amigo. Tienes razón en todo. Ahora, sigue mi consejo, lárgate y no vuelvas por aquí. Sí te andan buscando los del manicomio no tardarán en encontrarte. Corres peligro, «detective».

Creo que dejé de sonreír.

—Brodine... —dije en un susurro—, ya me estoy cansando de tanta mamarrachada. Se me hinchán... las narices, ¿entiendes?

Vi su clara intención de sacar una pistola. Más que verlo, lo leí en sus ojos oscuros.

Ya me tenía encima.

Aplasté mi cabeza contra su boca del estómago proyectándolo sobre la puerta.

Aterricé como los paracaidistas, flexionando con el antebrazo derecho para girar sobre mí mismo.

Rebotaba el tipo hacia delante cuando lo cacé por el cuello

volteándolo contra el biombo.

Se vino a tierra con el consiguiente estrépito.

Las medias y otras prendas se le enredaron en el rostro.

Vilma, que corría hacia la salida, se vio alzada en el aire cuando mis manos ciñeron férreamente su esbelto talle.

La envié de nuevo al tocador.

Kester Brodine, algo maltrecho, conseguía ponerse en pie.

Lo esperé.

Para escorzar su ciega embestida y largarle un trallazo en mitad de la boca que le hizo escupir sangre y pedazos de un diente.

A partir de entonces, le sacudí de firme.

Estómago, rostro, hígado, cuello y nuca.

Prácticamente lo machaqué.

Luego, alzándolo por debajo de los sobacos, lo mantuve derecho con una sola mano mientras con la otra lo abofeteaba a un ritmo escalofriante.

Vilma estaba aterrada.

Al menos, eso leí en sus inmensos ojazos.

Bruscamente se abrió la puerta.

Apenas si asomó el cañón de una automática con un silenciador enroscado.

Proyecté a Brodine hacia delante en el instante que sonaban los dos taponazos.

¡Plop! ¡Plop!

—¡Aaaaah! —gritó Vilma, llevándose ambas manos a la garganta.

Kester Brodine se vino hacia mí con los ojos vidriosos.

Me hice a un lado.

Lo vi tendido de bruces con dos feos agujeros sobre la chaqueta negra en mitad de la espalda.

Salté por encima del cadáver, abrí la puerta, me asomé al pasillo mirando de un extremo a otro.

Nadie.

Corrí hacia el recodo final, porque allí el corredor se partía en dos.

Nadie.

Eché a correr hacia la cortina de dragones, apartándola para asomar los ojos a la sala.

Absoluta normalidad.

Regresé al camerino.

Me quedé atónito.

¡Vacío!

Vilma Talbot y el cadáver de Kester Brodine... ¡habían desaparecido!

Se habían puesto todos de acuerdo para volverme loco de verdad. Loco de atar. Loco de remate.

No pensé un segundo más.

Salí del camerino y alcancé la sala procurando no ser visto por mis «colaboradores».

Fuera cogí un taxi que muy oportuno pasaba ante la puerta del club nocturno.

En caso de emergencia tenía que ponerme en contacto con la hermanita desheredada.

—¿Dónde vamos, jefe?

Di la dirección de mi oficina.

—1132 de Michigan Avenue.

Posiblemente, la tal Sussie también estaba en el «ajo».

Pero a partir de aquel momento se iban a empezar a enterar de lo que «costaba un peine».

Procurando que el taxista no me viera por el «retro» me aseguré del buen funcionamiento de mi automática.

La chaqueta se encargó de ahogar el clic que produjo la bala al entrar en la recámara cuando tiré de la corredera.

SUSSIE LAKEWOOD

Eso decía, al menos, la placa metálica adosada al muro izquierdo del vestíbulo, dos hileras por encima de donde estaba la mía.

Sexta planta. Corredor A. Puerta D.

Sussie Lakewood.

¿Lakewood? ¡Claro! Ésta, de momento, tenía que seguir conservando el apellido de solterita.

¡Qué remedio! Yo, desde luego, habiendo conocido a su hermana del alma, no le aconsejaría a nadie que le cambiase el apellido a Sussie.

Quizá ella era una buena chica... ¡hum! era obvio que estaba muy al corriente de los manejos de Nora y compañía... eso, suponiendo que no estuviera también involucrada en el negocio.

Me colé en el ascensor.

Pulsé el botón correspondiente al sexto.

Los elevadores son como los relojes... cuando uno quiere que vayan deprisa, van con una exasperante calma. ¡Ah! pero si se desea que avancen despacio... ¡entonces vuelan!

Es fácil comprender, que ahora iba muy despacio. Porque yo tenía ganas de llegar al sexto.

De ver a Sussie.

De charlar con ella.

De romperle la cara si era necesario.

¿Lo sería?

Quinta... y sexta.

Sexta planta. Corredor A. Puerta D.

Correcto.

Apreté el zumbador. Insistentemente. Sin quitar el dedo de encima. Machacón. Monótono.

Transcurrieron unos segundos, durante los cuales, el silencio del corredor, del apartamento, de la noche, sólo se vio taladrado por el

impertinente zumbido del timbre.

Aparté el dedo.

Al percibir el nervioso taconeo de quién se disponía a correr el cerrojo y recibir con desagrado a tan intempestivo visitante.

Se entreabrió la puerta.

Una cadenita la sujetaba al marco.

—¿Quién... qué quiere a estas horas?

La voz era agradable.

—Derek Cleyman. Soy detective. Vivo dos plantas más abajo.

Un suspiro.

—Si tiene insomnio... ¿por qué no se da una vuelta por el lago, pesquisa?

Sonreí brevemente.

—Me gusta más ver chicas bonitas.

—¡Vete al cuerno, payaso!

—Sussie... si no abres, echaré la puerta abajo. Luego, puedes llamar a la policía o a quien te dé la gana. Te doy un segundo para pensarlo.

Abrió al instante.

Más bien alta, y pese a su estatura, estaba en posesión de una figura agradable, estilizada, esbelta.

Lo decía bien a las claras aquel salto de cama pegado al busto y ceñido a su fugaz cintura.

Muy corto.

Algo más de las rodillas al desnudo.

No era estridente, tampoco exageradas sus formas, pero poseía los atractivos suficientes para que se la considerase interesante.

Pelirroja. Ojos azul oscuro, azul turbio. Labios muy carnosos. Tez pecosa.

—Bueno... ¿qué miras ahora?

—Te miro a ti, hijita. Y eso no se termina en dos segundos.

Calzaba unas zapatillas forradas de piel, con altísimo tacón.

—¿Qué quieres de mí?

Podía querer muchas cosas. Pero no tenía el ánimo para hacerle cartas a papá Noel.

—Que me pongas en contacto con tu hermana.

Los ojos de Sussie se agrandaron.

—¿Mi hermana...? —repitió.

—Nora —aclaré, por si eran familia numerosa.

Una irónica sonrisa apareció en sus labios desprovistos de *rouge*, no por ello menos golosos, atractivos, carnosos y brillantes.

Color carne.

—Te han tomado el pelo, amigo. O... tratas tú de tomármelo a mí.

Aquello, empezó a no gustarme.

—Hace frío aquí fuera —dije.

Se hizo a un lado.

—Pasa... aunque no sé si debiera...

Sonreí burlón.

—Si no debieras, no me hubieras, tú ya entiendes eres mayorcita... ¿me explico?

La seguí hasta el *living*.

Suave el movimiento de sus caderas, que, según me pareció, sólo estaban cubiertas por el salto de cama.

—Bueno... —Se volvió hacia mí—, quizá me equivoque contigo. ¿Te parezco poco cortés?

—No es frecuente recibir visitas de desconocidos a las tantas de la mañana. Lo comprendo. ¿Qué hay de Nora?

Se sentó en la butaca de enfrente.

—Soy hija única... o lo supongo. La última vez que vi a mi madre tenía siete años. A mi padre no llegué a verlo nunca. ¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Derek Cleyman.

—Lo siento, Derek. Te han levantado la «camisa». Medité. Lo confieso, estaba desconcertado.

O ella fingía como toda una actriz, o de verdad, no la camisa, si no hasta la camiseta me habían levantado.

No era tan listo como yo suponía. Estaban jugando conmigo de la forma que les daba la gana.

Hice una pregunta:

—¿No conoces a ninguna Nora Brodine?

Negó, agitando su revuelta melena pelirroja.

—Ni por asomo.

—¿Tampoco has oído hablar de una productora cinematográfica llamada «Madison, Brodine & C.»⁹

Associate Production»?

—Ni idea.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en este apartamento?

Cabalgó una de sus largas piernas sobre la otra y por ello se entreabrió el salto de cama.

Muy mal debía andar yo cuando no supe apreciar lo bueno de la «vistavisión» al natural.

—Algo más de un año. ¿Y tú, Derek?

Por inercia, contesté:

—Veinticuatro horas. Nora me dijo que tú vivías aquí. Que eras su hermana. Debía ponerme en contacto contigo en casos de emergencia.

—No entiendo una palabra.

—Es mi clienta. Quiere deshacerse de su adúltero esposo. Acaban de «cargárselo»... y quería que Nora estuviese al corriente de la noticia.

Sussie se encogió de hombros.

—Diría... que te han metido en un buen lío. Ésa... Nora, pudo ver mi placa abajo. No deseando que pudieras localizarla, se le ocurrió decir que era mi hermana. ¿No será que quieren cargarte el «muchuelo»? —se interrumpió, su pie derecho se movía rítmicamente, cayó la zapatilla, me incliné para ponérsela sujetando su fino tobillo, alcé la vista... ella decía—: No soy detective, Derek, pero creyendo en tu sinceridad, se me ocurre una idea.

Hice un gesto ambiguo.

—Suéltala. Acepto sugerencias del mismo demonio.

—¿Eso te parezco?

—Tú eres un ángel, dulzura. Lástima que nos hayamos conocido en esas circunstancias...

—Cualquier circunstancia es buena para conocer tipo como tú, Derek.

—No me tientes, chata. Estoy como un témpano. ¿La idea?

Entreabrió los labios.

—Nora... quiere «liquidar» a su marido. Te contrata pretextando las infidelidades de él con una cantante...

Una llamarada de luz inundó mi cerebro.

¡Cantante!

¿Cómo sabía Sussie que Nora me había hablado una cantante?

También ella se dio cuenta. Trató de arreglarlo que su expresión se alterara, diciendo:

—Siempre se recurre a la cantante de *cabaret*, la...

Estaba en pie.

Yo.

Le sacudí tres bofetadas.

Con mayor violencia que las que le largara a la nuevamente desaparecida Vilma.

La cara le fue de izquierda a derecha. Revoloteaban sus cabellos. Dilató los ojos.

—¡Fin del primer acto! —Sonreí—. ¿Vas a soltar la lengua...? o te rompo esa boquita de víbora que tienes. ¿De dónde sacas tú lo de la... cantante? ¡Oh, no! ¡No más cuentos, por favor! Sé juiciosa, mi pequeña pelirroja. No me salgas con tus intuitivas dotes femeninas diciendo... «siempre se recurre a la cantante de “*cabaret*”». Tú has mencionado la cantante porque está perfectamente enterada... confiesa que ha sido un patinazo y suelta toda la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad. ¿Cuál es tu papel en esta «película»?

Tenía las mejillas rojas. Sus ojos pregonaban miedo. Me engañó por segunda vez.

Al brincar de la butaca, introducir la mano derecha dentro del salto de cama, sacarla empuñando una pequeña automática, y decirme ominosa, con expresión cruel:

—¡Levanta las manos, detective! ¡Bien altas! ¡Que te las vea!

Hice como el que hace.

Mi cabriola la dejó estupefacta.

Se encontró sin su automática de nacarada culata, en el suelo, revuelta su transparencia, desnudas las piernas, cruzado el rostro pecoso por un golpe tan seco como impecable.

Y sus ojos azul turbio tropezaron con la mirada de los míos y la sonrisa de mis labios.

—No, chata, no. Os ha tocado un hueso muy duro de roer. Sí, de acuerdo. Me estáis desconcertando. Juliet allá en San José. Nora y tú, aquí. Y otras mujeres que andan metidas en este jaleo. Vilma Talbot, Sonia Garth o como en verdad se llame. Kester Brodine, un tal Madison al que no he tenido el placer de saludar todavía, Zarah Shannon a la que tampoco conozco, los muertos que resucitan, las

futuras artistas que van a Canadá y no vuelven, el «Profesor Sicosis» con sus cartas... la trampa que me habíais preparado en el «TOKYO». En fin, un diabólico y fenomenal jaleo, un negocio gigantesco que debe producir chorros de dólares y al que no estáis dispuestos a renunciar. Pero tú, Sussie de mi corazón, serás la primera en descorrer un pedacito del velo que esconde tanto enigma. Una cosa te garantizo... o hablas, o te liquido.

Saqué mi revólver. Apunté hacia su frente salpicada de pelirrojos destellos.

—Sin remordimientos de conciencia... —musité conmigo mismo; pero en voz alta—, tampoco serás la primera al fin y al cabo.

Supe hacerlo bien.

La frialdad de mis ojos: El rictus de mi boca. La firmeza con que empuñaba el revólver.

Mutaron de color sus facciones en cuestión de segundos.

Se hizo atrás, al tiempo que tendía la palma de ambas manos hacia adelante.

—¡No! —gimió—. ¡Te juro que nada malo he hecho! Una sonrisa de lobo asomó a mis labios.

—¡Oh, sí, claro! ¿Cómo habré podido pensar...? —Era un escepticismo glacial, casi cruel, el que flotaba en mi tono de voz—. Pero... si no hay más que verte. Eres la fiel imagen de un ángel. Pureza, castidad, virtudes... se me cierra el dedo, nena. Estoy «loco» por taladrarte la cabeza y ver de qué color tienes los sesos.

Se puso en pie, procurando no hacer movimiento alguno que pudiera confundirse con un ademán de rebeldía o agresión.

—Te... te lo diré. Sí, sí... ¡pero no me mates!

—Escupe por esa boquita todo lo que sabes, Sussie. El tiempo se acaba, mi paciencia se agota... *te voy a matar*.

—¡No! Yo... yo no soy hermana de Nora. Pero trabajo para ellos.

—¡Ah! mira que bien. Qué chica tan formal. Trabaja y todo... cuando yo digo que eres un ángel. Y... ¿en qué trabajas, chatina?

Respiraba con dificultad. Jadeando. Congestionada.

—Soy... hago de «gancho».

—¿Para colgar a quién, linda?

El jadeo de su entrecortada respiración cobraba tangibilidad en el agitado subir y bajar del abandonado busto.

—Voy todos los días a la productora —soltó de un tirón—. Me presentan a las chicas que acuden para hacer las pruebas, como una actriz... formada allí. Dicen que ya he rodado dos o tres películas. Las pobres infelices me miran impresionadas... entonces les explico mí «historia». La de cómo he llegado a ser actriz.

Podía ser cierta.

—¿Sirves tu sola de «ejemplo»?

Negó con la cabeza.

—Hay otras. Cobramos un sueldo por eso.

—¿Quién maneja el negocio?

—Kester Brodine y su mujer.

—¿Qué hay de Madison?

Volvió a negar.

—Lo conozco de oídas. Glen Madison. Nunca lo he visto.

—¿Qué pasa, con las infelices que quieren ser artistas?

Respiró profundamente.

—Tengo entendido que las llevan al Canadá... y no regresan.

—¿Cómo se efectúa el transporte?

—Lo ignoro... —Vio mi rictus de escepticismo y se apresuró a agregar—: ¡Te lo juro, Derek! Ya no es tiempo de ocultarte nada... ¡te juro que no sé de qué medios se valen para sacarlas del país! Lo del Canadá lo he sabido porque les dicen a ellas que la productora tiene allí sus estudios cinematográficos.

Tardé unos segundos, mientras meditaba en efectuar una nueva pregunta.

Y fue:

—¿Quién maneja el negocio... Kester, el difunto Kester, o Nora?

—Ella... parece llevar la batuta.

—¿Has oído hablar algo de Madison? ¿Su residencia? ¿El papel que desempeña en el asunto? ¿Su misión concreta?

Negó, y sus ojos me parecieron sinceros.

—Nada... es como un misterio. Sé que existe, o creo que debe existir, pero nunca lo he visto.

Lo acepté como bueno.

—Pasemos a otra cosa, encanto. ¿Qué te ha dicho Nora acerca de mí?

Le costó unos segundos coordinar la respuesta.

—Que eras un agente del

F. B. I.,

disfrazado de detective. Que estabas en Chicago, en este mismo edificio, instalado como tal, pero que tu verdadera misión era la de descubrir los manejos de la productora. Ha dicho... que te preparaban una trampa para esta noche. Suponía que no saldrías con vida o que, por lo menos, la policía te atraparía como sospechoso de homicidio. No obstante, previendo la posibilidad de que llegaras hasta mí en busca de ella, ya sabes mi papel. Fingir estar al margen de todo... decir que nunca había oído hablar de Nora, de la productora... y negar rotundamente, eso es verdad, que fuéramos hermanas.

También lo acepté como bueno.

—¿Qué sabes de un hombre llamado Lou Curtis, de una mujer llamada Juliet Gisleyer, de otra que tan pronto se llama Sonia como Vilma, de un tal «Profesor sicosis»?

Se mantuvo unos instantes en suspenso.

—Sólo he oído hablar de la tal Sonia. Sé que es cantante, sí. Que actúa en el «TOKYO». Pero desconozco el papel que representa en este asunto. No la he visto nunca.

Llegué a la conclusión de que nada nuevo podría sacarle a Sussie. Bastante me había dicho. No era un bagaje halagüeño, pero sí me permitía seguir adelante con ciertos «conocimientos».

Efectué una última pregunta.

—¿Dónde viven los Brodine?

—Es un secreto. Sólo los he visto en las oficinas del 983 de Halsted Street.

La miré, casi con lástima.

—Aunque no sabes lo suficiente para que consideren necesario «liquidarte», ¿quieres aceptar un consejo? Lárgate lo más lejos posible, ¡Sussie! Yo, olvidaré que te he conocido. No te buscaré líos oficialmente. Pero, hazme caso, no demores un minuto tu desaparición. ¡Ah! otra cosa, no se te ocurra irte a San Francisco. Nueva Orleáns, por ejemplo. Eso queda lejos y estarás a salvo.

Guardé el revólver.

Di unos pasos hacia ella.

Sussie retrocedió instintivamente.

Pero no pudo evitar que la sujetara por sus tibios hombros, la trajera hasta mí y besase su boca sin *rouge* fugazmente.

No.

Estaba convencido de que no era mala chica.

Víctima de las circunstancias... ¿quizá?

¿Abandonada al mundo y sus peligros antes de tiempo?

Me sorprendió, al murmurar:

—Gracias, Derek. Sinceramente... te deseo suerte. Si alguna vez me necesitas... búscame por Nueva Orleans.

El beso, ahora, fue menos fugaz.

Y salí de su apartamento con cierta tranquilidad de conciencia. A veces, uno piensa o cree que ha contribuido a que un semejante rectifique, a que escoja el buen camino.

Sí, ya sé, a veces te engañas.

Otras aciertas.

—Adiós, Derek... —Estaba en el umbral, mirándome. Leí algo bueno en sus ojos, algo nostálgico.

—Procura ser feliz, Sussie. Tienes mucha vida por delante y puedes serlo, no lo dudes. Ten fuerza de voluntad, sólo con eso vencerás.

Sus labios, como en un rezo, musitaron:

—Si te tuviera siempre a mi lado...

Imposible.

Más que nunca, sintiéndome atado y libre a la propia vez, deseaba fervientemente cumplir con la misión que me encomendaran.

Vilma Talbot.

Dueña de mi subconsciente... ¿sólo de él?

—Adiós, Sussie...

Me perdí por las escaleras.

Luego...

LA MISTERIOSA DAMA VERDE

Mi vuelo hacia San Francisco salía a las siete veinticinco de la madrugada.

¡Menudo chasco se iban a llevar!

Todos.

En especial, Viola Young, Larry Teller, Baldwin Carrigan, Harvey Wallace, Eirik Garland.

Todos.

Sin olvidar a Elliot Colinsway, allá en su despacho de Washington, cuando le comunicaran muy consternados mi desaparición.

Juliet.

Estaba seguro de que ella formaba parte integrante en la clave de aquél, enigma.

Prepararía un pequeño maletín con lo más imprescindible...

Di vuelta al conmutador.

Mi habitación.

Viví más de dos minutos sin respirar.

Tieso, estirado, inmóvil, cuadrado en el umbral.

Sobre la cama... habían depositado el ataúd.

Dentro... ¡el cadáver de Kester Brodine!

Cuatro cirios en cada ángulo.

Ardientes. Consumiéndose. Oliendo a cera.

Ella, Nora Brodine, sentada a una butaca frente al ataúd.

Muy rígida.

Muy helada.

Muy muerta.

¡Cómo Lou Curtis!

Lo mismo que un autómatas, avancé un par de pasos. Tres.

Extendí el brazo derecho.

Sí, con miedo.

La toqué.

Dura, rígida, helada.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Se me puso la carne de gallina y los cabellos de la nuca se me erizaron. No pude contener la exclamación que brotó de mis labios.

Una exclamación de horror que repercutió, con sonido, en la estancia.

Le habían dado igual consistencia frígida que una barra de hielo.

Gruesas gotas de sudor resbalaron desde mi frente hasta las mejillas, rodando por ellas.

Demasiado.

Un exceso de sadismo, de morbosidad, de retorcimiento, de maquiavelismo.

Impropio de un ser humano.

Todo aquello era obra de un cerebro tortuoso, enajenado, demoníaco, monstruoso.

Me rehíce, lentamente, fatigada la respiración, contraídos los músculos faciales. Crispados los puños.

Sí. El «Profesor Sicosis» seguía jugando conmigo desorientándome, sumiéndome en un caos de confusión, en una vorágine mefistofélica.

Y asesinando a sus colaboradores para cerrar todos los caminos que podían conducirme hasta él.

Pero había confirmado, con aquel juego maquiavélico, que mis sospechas eran fundadas.

Las misivas amenazadoras, el asesinato de Everett Jarber... habían tenido como fin equivocar al

F. B. I.

Yo estaba en lo cierto.

Pero... ¿de qué me serviría?

—¿Has llegado al final, detective?

Me dio un vuelco el corazón. No pude contener el sobresalto.

Gire velozmente.

Parecía joven, ágil y bien formada.

Y eso era, aproximadamente, lo único que podía decir de ella.

Llevaba puesto un vestido verde que le llegaba hasta la garganta y un antifaz del mismo color cubría su rostro.

La redondeada y broncea barbilla quedaba al descubierto.

También sus labios menudos, rojos, arqueados.

Y su rubia melena, caída sobre el brillante verdor de la tela.

Atisbó, pese a mi sorpresa, por los agujeros del antifaz que descubrían tímidamente sus ojos.

Azules.

Como las otras. Rubia de ojos azules.

Viola, Juliet... ¡no, Nora estaba a mi espalda! Velando su helado cadáver, el cadáver de Kester.

Ahora, ella.

La rubia enmascarada.

¿Por qué...?

—¿Quién eres? —le pregunté con un hilo de voz.

Me sonrió, fugazmente.

—¿Hubiera usado este disfraz de haber deseado que conocieras mi identidad?

Lógico.

El matiz metálico de su voz me hizo suponer que mantenía algo cerca de la garganta para desfigurarla.

Ese hecho, y el antifaz, probaban que yo la conocía.

Pero no conseguía identificarla.

¿Viola... Juliet?

¿Para qué iban ellas, militando en frentes opuesta a desempeñar aquella mascarada?

Ni Una ni otra tenían necesidad de hacerlo.

—No te devanes los sesos, Derek. Es inútil. He tomado mis precauciones y no conseguirás establecer mi identidad.

—¿Para qué has venido entonces?

—Para ayudarte.

—¿Ayudarme?

—¡Sí! —exclamó con cierto nerviosismo. Casi con impaciencia—. Pero déjate de preguntas absurdas. Es necesario que abandones esta casa inmediatamente. ¿No comprendes que quien te ha preparado este cuadro de maquiavélico impresionismo se ha preocupado de avisar a la policía? Si te atrapan aquí, perderás un tiempo... precioso. ¿No sale a las siete veinticinco tu vuelo a San Francisco?

Mi sorpresa desbordó los límites de lo normal.

—¿Cómo sabes...?

—¡Por favor! Todo lo que sé es porque me he preocupado de averiguarlo. Abajo, en la calle, frente a la puerta, encontrarás un «Chrysler» negro que me he tomado la libertad de alquilar en tu nombre. No pierdas tiempo. Nos encontraremos dentro de media hora en Park Ridge. Está cerca del aeropuerto.

Reaccionando al fin de la sucesiva serie de sorpresas, traté de saltar sobre ella y arrancarle aquella máscara esmeralda.

Brotó una pistola en su diestra.

—Inténtalo... y dispararé. Pierde un minuto más y la policía estropeará todos tus proyectos.

Obedecí con presteza.

En efecto, el «Chrysler» estaba allí.

Dejé atrás Michigan Avenue al torcer por la 95th Street y alcanzar por esta Harlem Avenue.

Entonces, pisé a fondo.

Crucé la ciudad de un extremo a otro a un ritmo que de día hubiese resultado imposible de mantener.

Giré a la altura de Devon River y me detuve frente al «Park Ridge».

Abierto. Oscuro. Solitario. Silencioso.

Crucé la verja iniciando el ascenso por la amplia y enarenada avenida que se internaba hacia el recinto, flanqueada de frondosos arbustos, flores, setos, césped y toda clase de plantas.

De repente, tras un recodo donde la avenida se estrechaba, surgió ante mí como nacida de la oscuridad.

¡Imposible!

Había salido del piso después que yo... aunque sólo fueran minutos. Forzosamente habría tenido que conducir a una velocidad más que suicida.

Me sonrió.

—No te tortures con más preguntas, Derek. Quiero ayudarte porque trato de remediar el horror, el mal la crueldad de un ser... por eso, y quién sabe por qué más.

Mostraba su pistola. Firme. Apuntando a mi pecho.

—¿Cómo piensas ayudarme, mi enigmática enmascarada?

—Relatándote una historia que por ti mismo jamás conseguirías descubrir. No por falta de inteligencia, pero sí por carecer de medios. Antes, quiero rogarte una promesa...

—¿Cuál?

—La de que no efectuarás pregunta alguna.

Tuve ánimos de bromear.

Porque levanté la mano derecha y dije:

—Prometido.

—Sígueme...

A través de los arbustos me condujo a una reducida y oscura plazoleta del parque.

Dos bancos.

Uno frente a otro.

Tres yardas a lo sumo de distancia.

—No trates de sorprenderme, Derek. Me obligarías a oprimir el gatillo.

Se sentó y yo lo hice frente a ella.

Tan largo era el vestido, que apenas si conseguí ver los zapatos también de color verde.

—Te escucho, «mascarita».

—Lou Curtis —empezó con su forzada voz metálica—. Inspector del *Federal Bureau of Investigation* enviado a Chicago para descubrir una red de traficantes de mujeres. Hombre hábil que en poco tiempo llegó hasta donde otros agentes no lo habían soñado tras largas investigaciones. Muy lejos. Demasiado. Hasta descubrir la identidad del jefe de la organización. Eso le costó morir, artificialmente primero. Hace muchos años que se cree en prolongar indefinidamente la vida por medio del frío. Se ha demostrado que un sinfín de bacterias, cuando se las hiela, permanecen en un estado de animación suspendida. Luego, por medio de reactivos, se las devuelve a su estado normal. *Ése es el procedimiento que se emplea para sacar del país a las mujeres que desean ser actrices.* Y el que se empleó con Curtis. El... «Profesor Sicosis», concibió un diabólico proyecto. Muerto el inspector, era obvio suponer que el

F. B. I.,

volcaría el organismo entero de ser preciso para esclarecer la confusa muerte de Curtis y deshacer definitivamente su organización. Pensando en eso, nació la idea de sentenciar a cada uno de los miembros de la organización federal, para así desconcertar a Washington y obligarle a que su atención se centrara en un problema mucho más peligroso que reclamaba inminente

solución.

»Para ello, para que la alarma fuese total, era necesario sacrificar una víctima. Un hombre preponderante dentro del

F. B. I.

Se eligió a Everett Jarber. Se necesitaba también que la muerte de ese hombre se produjera dentro de las circunstancias más confusas, enigmáticas e incomprensibles. Por ello —te lo he dicho antes—. Lou Curtis murió artificialmente la primera vez. Porque era necesario devolverle la vida mediante reactivos, narcotizarlo luego, enviarlo a matar a Jarber y procurar que sus huellas digitales apareciesen impresas en el escenario del crimen. Así sucedió. Y tal como había imaginado el “Profesor”, Washington se volcó de lleno en el asunto, obsesionados los jerarcas del

F. B. I.,

por la muerte de Curtis, su... «regreso a la vida» y el asesinato de Everett Jarber. Por otra parte, estaban las enigmáticas, y siniestras amenazas que, lógicamente, daban opción a la hipótesis de que lo mismo que Jarber irían siendo asesinados los demás. Pero eso, no había ni ha de suceder. Curtis, una vez empleado para los fines siniestros del «Profesor», murió realmente. Su cuerpo reposa en el fondo del Atlántico.

Hizo una pausa para darse respiro.

Sí, más o menos, como yo lo había imaginado.

Pero... ¿quién era ella? ¿Cómo sabía tanto y con tanta certeza?

Incomprensible.

Todo era incomprensible en aquel diabólico enigma, aunque empezara a ser comprensible, aunque ya no fuera tan enigmático... pero siguiera siendo diabólico.

El timbre metálico se filtró de nuevo en mi cerebro difuminando los pensamientos que chocaban dentro de él como aguas embravecidas de un rugiente océano.

—Hasta tu entrada en escena, sicológicamente, estaba prevista. Por eso eras esperado. Nora y Kester Brodine, muñecos de paja, cabezas visibles, tenían ordenada la trampa para «cazarte». Eso ha fallado. Punto previsto también por el enigmático «Profesor». Por ello, se ha deshecho de sus más directos colaboradores. De los que podían conducirte hasta él. No se ha preocupado de Sonia, de Sussie ni de Juliet. Aunque quizá esta última es la única que puede

comprometer su identidad y la que tú, con muy buen criterio intuitivo, te dispones a investigar. No sé si te acompañará la suerte.

Quizá llevado de un impulso no contenido, hice intención de preguntar. Lo adivinó por la expresión de mi rostro, atajándome a tiempo para decir:

—Dudo que tú ni nadie consiga establecer la identidad de ese ser misterioso. Pero, eso sí, podrás desarticular su organización con los datos que yo voy a revelarte. Esas desgraciadas mujeres que acudían a la productora cinematográfica con la ilusión de llegar a ser actrices... no *eran llevadas a Canadá*. Eso se les hacía creer y eso creyó Curtis en un principio. *Las helaban... experimentaban* en ellas la muerte artificial, la animación suspendida. Algunas han muerto por falta de defensas para resistir el monstruoso tratamiento. La mayoría, no obstante, lo ha soportado. En camiones provistos de cámara frigorífica, propiedad de una falsa compañía de transportes de pescado eran llevadas desde Chicago a San José, atravesando materialmente todo lo ancho de Norteamérica, en las barbas de la policía, y allí, en un inmenso sótano situado bajo el *Cottage* de Juliet Gisleyer, esperaban, conservadas a temperatura glacial, el momento de que se las embarcara en un carguero japonés, acondicionado al respecto, que fingía navegar con productos de exportación por cuenta de una naviera inexistente. El cruel embarque se efectuaba una noche determinada, después de que el barco había obtenido permiso de zarpar del puerto de San Francisco, deteniéndose en la bahía de San José para recoger a las desdichadas pasajeras. Desde allí, sin efectuar escala, rumbo a Tokyo. En la capital del Japón, una vez recogidas por el traficante y socio del «Profesor», se las sometía al reactivo para luego ser empleadas en fines que no creo necesario aclararte. Es duro decirlo, Derek, pero cada una de ellas llega a rentar diez mil dólares mensuales... netos.

Enmudeció. La siniestra y repugnante historia había terminado.

No.

Fue imposible mantener mi promesa.

—¿Quién es el «Profesor Sicosis»?

Tampoco la misteriosa dama de verde me recordó lo que le había prometido.

Limitóse a responder:

—Lo ignoro.

Torcí la boca.

—¡Mientes! —exclamé—. Cuando has llegado a saber tanto... tienes que conocer forzosamente su identidad. No te repugna ser cómplice, con tu silencio, de esa maquinación morbosa, de ese tráfico criminal, antihumano... ¿no te repugna?

—Por eso he puesto en tu conocimiento las armas para destruirlo. ¿Lo hubiera hecho de no repugnarme?

Insistí, ya que la pistola me contenía de no saltar sobre ella, preguntando:

—¿Es Glen Madison?

La invariable respuesta:

—Lo ignoro.

Mordí mi labio inferior hasta hacerlo sangrar.

—Al menos... dime... ¿quién eres tú?

—Jamás lo sabrás, Derek.

Estaba en pie, sin dejar de apuntarme.

—¡Espera...! —exclamé con vehemencia.

Sólo dijo:

—Fija los ojos en tu reloj y cuenta cinco minutos desde el momento en que dejes de verme. Te suplico que no salgas un segundo antes... no me obligues a disparar sobre el único que puede destruir ese organismo criminal. Piensa en las vidas que puedes salvar... en las infelices que posiblemente aguardan en el sótano de aquel *cottage*... *no* olvides eso mientras pasan esos cinco minutos...

No la vi.

Se había esfumado como el fuego fatuo.

Por entre unos arbustos, por entre unos setos, por entre las flores, por entre el césped...

Diluida en la oscuridad de la noche, engullida por sus espesas tinieblas.

Una mujer rubia de ojos azules.

Como Juliet, como Viola, como la fría Nora...

¿Quién...? ¿Por qué...?

Transcurrieron los cinco minutos.

Pero aguardé muchos más. Pensando. Devanándome los sesos. Tratando de penetrar en el resto del misterio. Intentando establecer la identidad de dos seres misteriosos.

El «Profesor Sicosis».

La enmascarada.

Cuando las manecillas de mi reloj cayeron sobre las siete de la mañana, volví a la realidad.

Los albores de un nuevo día me recordaron que veinticinco minutos después tenía que estar volando hacia San Francisco.

Hacia el fin... o hacia la muerte.

EL ENIGMÁTICO «PROFESOR SICOSIS»

Pensé.

Durante todo el día.

En el transcurso de las horas que permanecí escondido en aquella lóbrega fonducha del Chinatown de San Francisco.

Una idea brusca, que hasta me hizo sobresaltar, circuló por mi mente con la luminosa fugacidad de un rayo.

Aquel hombre conocía bien al

F. B. I.

y se hacía llamar «Profesor Sicosis»... dos motivos que conducían hasta aquella idea loca, absurda, imposible... ¿imposible?

Un profesor de sicología. Un hombre que conocía perfectamente al

F. B. I.

Un hombre que se llamara... *¡Eirik Garland!*

¡No! No. No. No.

¡No tenía derecho a pensarlo tan siquiera!

Su hijo había muerto en aras del mismo ideal que seguramente él le inculcara...

¡Imposible!

Me asaltó otra idea.

¿Venganza...? Precisamente por la muerte de...

¡No!

Terminaría volviéndome loco... loco de atar.

Afortunadamente, llegó la noche.

El momento de actuar había caído. Eso hizo que escapara a todos mis pensamientos e ideas desatinadas.

Dudé.

¿Pedir ayuda a la División Federal de San Francisco? Rodearíamos el *cottage*...

¡Rechazado!

Había querido actuar solo, libre, independiente, ¿no?

Pues sólo tenía que llegar hasta el final.

Triunfo o fracaso, sería mío.

Al volante del «Nash» que alquilara al llegar a San Francisco, con nombre falso por supuesto, depositando una cuantiosa garantía para eludir la exhibición de mis documentos y conseguir que fiaran en mi palabra, enfilé a buena velocidad aquella carretera tantas veces recorrida.

Cuando ignoraba lo que el destino tenía preparado para los protagonistas de una historia de amor... de un *flirt*.

Juliet.

Instintivamente alcé el pie derecho al bordear el lugar donde una noche me detuviera una hermosa mujer de cabellos azabaches y ojos muy negros.

Una mujer deliciosa, insuperable.

Vilma... Sonia...

¿Qué habría sido de ella?

¿Dónde? ¿Muerta...?

Esa pregunta me hizo estremecer.

Porque en el fondo de mis dormidos sentimientos, ella seguía viviendo y viviría siempre.

Aunque jamás volviera a verla.

Aunque nunca pudiera decirle que estaba enamorado de ella.

Aunque tuviera que detenerla y llevarla ante un tribunal.

Todo podía suceder... no por eso dejaría de amarla... no por eso conseguiría arrancar su imagen, su figura, sus cabellos, su pulgar alzado señalando hacia el Sur... no, eso quedaría conmigo.

Como queda el amor. Muy dentro.

Cayó de nuevo el pie, con fuerza, sobre el pedal. Salió el auto proyectado como una saeta.

Las luces alcanzaban ya la bifurcación, el sendero abrupto de puntiagudos acantilados que, ora asomando ora desapareciendo de las aguas, llegaba hasta los aledaños del solitario *cottage*.

Abandoné el vehículo en la oscuridad, dejándolo al amparo de un núcleo de frondosos arbustos.

Me acerqué a la rústica construcción procurando pisar tierra firme ya que, lo mismo la hierba seca que húmeda podían delatar mis pisadas.

El *cottage*, sumido en profundo silencio, parecía dormir sosegado al arrullo placentero de las tranquilas aguas del Pacífico.

Lo alcancé, minutos después, rodeándolo con cautela.

Forzar una de las ventanas y colarme en el interior era para mí, conociendo aquello como lo conocía, poco menos que un juego de chiquillos.

Oscuridad y silencio.

Me detuve unos segundos, aguzando los oídos. La oscuridad era completa. El silencio absoluto.

Todos mis esfuerzos por penetrar las tinieblas con la mirada resultaron estériles.

Me sabía de memoria la distribución y situación de cada uno de los muebles, no obstante, preferí esperar a que mis ojos se acostumbraran a la negrura que me rodeaba.

El siseo que produce la acompasada respiración de quien duerme, fue llegando tenuemente hasta mis oídos.

Avancé unos pasos.

Ya en la puerta del cuarto que ella utilizaba como dormitorio, la empujé con medida lentitud.

Atisbé.

La blanca mancha de las sábanas surgió en la oscuridad como una explosión de nieve.

Observé la posición del cuerpo cubierto por aquel manto de blancura.

Dormía, sí.

Sin pensar que la soledad de las noches en su *cottage* era aterradora.

¡Pérfida Juliet!

Caminé hacia el otro extremo, luego de cerrar la puerta, y dejando atrás el mueble bar, me introduje en la única habitación que allí existía, exceptuando el dormitorio.

Abrí, despacio.

Penetré, silencioso.

Cerré, cauto.

Entonces decidí usar mi lámpara de bolsillo.

Escupió un redondo haz luminoso que viajó en círculo de un lado a otro de la estancia.

Una mesa... dos sillas... el armario... un mueble librería...

Empecé por registrar la mesa sin saber exactamente lo que buscaba. Papeles, facturas de la modista... ¡facturas de la modista!

Con membrete de una tienda de alta costura domiciliada en Chicago.

Sonreí, pese a la sorpresa, al comprender que mi intuición no me había engañado.

¡Un terrón de azúcar!

Curioso...

Estuchado como los que sirven con el café en bares, *snacks*, clubs nocturnos...

Un nombre...

¡«Tokyo»!

Empecé a comprender lo que hasta entonces sólo había intuido.

Pasé al mueble librería. En uno de los cajones del cuerpo inferior encontré un bolso.

Abierto.

Un permiso de conducir con la fotografía de Juliet... ¡extendido en Chicago a nombre de Zarah Shannon!

No hacía falta buscar más.

¡Zara Shannon! La que Lou Curtis creyera su confidente, la propietaria del «Tokyo», la más directa colaboradora del «Profesor Sicosis».

Sólo la curiosidad me impulsó a seguir el registro.

Y gracias a la curiosidad me tropecé entre mis dedos con aquella fotografía en color.

Ella, Zarah Shannon —Juliet Gisleyer—, él.

Un hombre.

La memoria es como el gatillo de un, revólver. Se dispara con facilidad... o cuesta mucho de disparar.

El impacto óptico fue mucho más rápido que el de una cámara fotográfica.

Mi retina captó la imagen del hombre.

La devolvió al cerebro.

Se disparó la memoria.

Comprendí... comprendí lo incomprensible.

Porque yo conocía a aquel hombre.

Porque yo comprendía quién era en realidad.

Porque yo ya sabía la identidad del «Profesor Sicosis».

Creo que la sorpresa, el pequeño *shock* síquico, me inmovilizó unos segundos.

Pero volví a la realidad con las fracciones de segundo necesarias para percibir el leve siseo de unos pasos, al otro lado de la puerta, que se acercaban a ella.

Lo metí todo en el cajón.

Cerré.

Corrí a esconderme al otro lado de la mesa.

Revólver en ristre.

Se abrió la puerta. Se inundó la estancia de luz.

Atisbó cuidadosamente, lo suficiente para ver la rubia cabellera, los ojos azules, el palpitante busto bajo la tela translúcida y rosada, la mano firme, extendida, empuñando una automática.

Miraba de izquierda a derecha.

Me agaché velozmente para atisbar de nuevo transcurridos unos segundos.

La vi guardar la pistola en el bolsillo de la bata.

Pero permaneció en el umbral. Fruncido el ceño. Oscurecidos los ojos. Preocupada la expresión. Imaginando algo... sólo algo, de lo que sucedía.

Avanzó hacia el mueble librería al tiempo que yo iba rodeando la mesa para situarme a su espalda.

Se inclinó, como si acabara de notar que algo no estaba igual que ella lo había dejado.

Entonces me incorporé yo.

Saludé:

—¡Buenas noches, Zarah! O... ¿debo llamarte Juliet? ¿Se te ha pasado ya el miedo nocturno, reina?

La vi envararse.

Rígida.

Casi tanto como Nora Brodine, pero sin estar helada.

—Vuélvete lentamente —le ordené autoritario—. ¡Ah! he visto en qué bolsillo guardabas la pistola. Intenta meter la mano en él... y te acribillaré por la espalda con la tranquilidad más pasmosa que imaginarte puedas.

Giró como esos muñecos de feria, enhiestos, acartonados, grotescos, inexpresivos.

Mirándome con fijeza.

Con odio.

Con evidente sadismo.

—¡Se acabó el negocio, hija! Es muy agitada esa doble vida que vienes llevando. Zarah Shannon en Chicago, Juliet Gisleyer en San José... necesitas un descanso, ¿no crees? Conozco un lugar en donde podrás descansar mucho tiempo, claro que, si se les ocurre pensar que fuiste cómplice en el «helamiento», «deshelamiento», muerte definitiva de Curtis, tráfico de *geishas* obligadas... a lo mejor te envían a descansar por los siglos de los siglos. ¡Vaya, vaya! así que aquella noche tenías mucho miedo, ¿eh? Pero ¿no te extrañó que faltara a la cita? No, claro. Tú sabías que Vilma Talbot me estaba aguardando en la carretera con el pulgar extendido... ¡Oh! ahora que recuerdo, ¿es cierto que este *cottage* tiene un sótano muy poblado?

Hierática. Clavados sus ojos azules en los míos.

La oí murmurar con odio, con rabia sorda apenas contenida:

—No saldrás de aquí con vida... ¡asqueroso federal! Sonreí burlón.

—¡Eh, chata! Hace un tiempo no te parecía tan asqueroso... ¿quién te ha hecho cambiar de opinión? Intento adivinarlo —había dado unos pasos hacia ella, situándome de espaldas a la puerta—. ¿El «Profesor Sicosis»?

—Exactamente, Derek Cleyman —pronunció a mi reverso una voz ominosa—. Yo, el «Profesor Sicosis». Deje caer su revólver al suelo... agente.

Obedecí mientras me decía a mí mismo que la imbecilidad se pagaba cara.

¡Ponerme de espalda a la puerta!

¡Idiota de mí!

—Camine hacia la mesa y luego vuélvase.

Como un cordero.

—¡Oh! —Sonreí al girar, tratando de impresionarte con mi sangre fría—. Es un placer conocerle, señor Glen Madison. Pero... conmigo no gaste cumplidos, por favor. Puede usted sacarse esa mascarilla de goma que oculta su verdadero rostro, *mi difunto director jefe de la academia de instructores de Quántico, llorado señor Everett Jarber*.

Conseguí sorprenderle.

—Encañónale, Zarah.

Guardó entonces su pistola y se arrancó la careta de goma.

Sí, el de la foto. Aquél a quien yo viera dirigiendo los ejercicios que bajo la mirada atenta de los instructores realizábamos en Quántico.

Leí una siniestra y resuelta mirada en sus ojos castaños.

—¿Cómo ha descubierto mi identidad?

—Sencillo, señor, sencillo —me burlé, aún sabiendo cercano el minuto postrero de mi existencia—. ¡Con la de cosas que llegaron a enseñarme en Quántico! ¿Cómo se le ocurrió a usted, a un hombre tan inteligente, tan calculador, tan meticoloso... a un hombre que puede hacer nevar en pleno agosto... cómo se le ocurrió fotografiarse con su amiga Zarah, aquí presente? Por eso he descubierto su identidad, señor «difunto». Por eso he imaginado que el Everett Jarber que encontraron muerto, era en realidad el enigmático Glen Madison, convenientemente intervenido de cirugía plástica, convenientemente vestido y preparado con todas las pertenencias de Everett Jarber. Por eso usted evitó que nadie conociera a Madison. Ni los Brodine siquiera. Madison era un hombre de su misma estatura, de su misma complexión atlética, de idéntico cabello castaño... sólo había que arreglarle el rostro, ¿eh?

Pareció que sus labios escupieran las palabras cuando dijo, apuntándome de nuevo con su pistola:

—Ha resultado usted mucho más inteligente de lo que pensaba, Cleyman.

Sonreí otra vez.

—¡Oh, no, por favor! No me adule. Simplemente asimilé sus buenas enseñanzas. Sólo falta que me enseñe a producir la muerte artificial por medio de hielo. ¡Ah! en honor a la verdad, debo decir que buena parte de mi inteligencia se debe a una enmascarada de cabellos rubios y ojos azules...

—¡Suelte esa arma, Jarber! —Tralló de improviso una voz.

La vi.

Con su vestido verde.

Con su antifaz color esmeralda.

Giró el hombre.

—¡Pero...! ¿Te has vuelto loca?

Estuve pendiente de Zarah.

Salté sobre ella en plancha cuando se disponía a disparar, atenacé la muñeca armada, apliqué una brusca torsión, volteé a la mujer hacia el otro extremo de la estancia, le estampé un rodillazo en pleno rostro cuando trataba de incorporarse.

Me deshice de ella abalanzándome sobre la pistola que había escapado de sus manos.

Jarber había girado hacia mí, brillando en sus ojos una expresión homicida, diabólica, letal.

Giré en tierra como una exhalación al tiempo que oprimía el gatillo del arma.

Dos...

Tres veces.

Vi nacer una mueca de estupefacción en su rostro.

Se llevó ambas manos a los sangrantes agujeros que habían florecido en su pecho.

La mueca fue trocándose en rictus de dolor.

Algo ininteligible musitaron sus labios al desplomarse, de bruces, pesadamente, en tierra.

Muerto.

De verdad.

«Profesor Sicosis».

Muerto.

—¡Padre! —rugió la mujer de ropajes esmeralda abalanzándose sobre el cadáver—. ¡Padre!

Me quedé inmóvil.

Atónito.

Sin comprender.

Y cuando traté de acercarme a ella, saltó atrás con felina agilidad encañonándose con su pistola.

—¡Quieto, Derek, quieto! ¡Pestañea y te mato! Es mucho... el daño que me has hecho. No quiero sin embargo disparar contra ti. Quédate ahí... con tu triunfo. Con su cadáver.

—No sé quién eres, pero tarde o temprano lo averiguaré. Sólo para decirte, lejos de tu rostro esa máscara, que este hombre no tenía derecho humano a seguir viviendo. Con cien muertes, no pagaría el daño que ha hecho.

Se fue retirando.

—¡Quieto! —gritó de nuevo al ver mi intención—. He querido

destruir su obra... pero no quería destruirlo a él. Como tampoco a ti... ¡cuidado con Zarah!

Me revolví instintivamente a tiempo de «cazarla» cuando intentaba atrapar la pistola que Everett Jarber había dejado caer al suelo.

La estampé de un violento trallazo contra el mueble librería.

Vi contorsionarse su cuerpo de hembra exuberante, dolorida, gimiendo, vomitando un chorro de exabruptos.

Cogí la pistola.

Mis ojos no la encontraron.

Comprendí que era tarde.

La misteriosa dama de verde había desaparecido.

Incliné la cabeza clavando la mirada en el cuerpo sin vida de aquel ser despiadado, mezquino, cruel, diabólico.

«Profesor Sicosis».

Everett Jarber.

—¡Tú, víbora! —Me encaré con Zarah, con la «ingenua» y explosiva Juliet que una noche tuviera miedo—. ¡Ponte en pie... antes de que yo te levante!

Obedeció.

—¡Al sótano! ¡Rápido! Y procura no hacer ningún movimiento innecesario, ni resollar... porque me tiembla el dedo en el gatillo.

Llegamos al sótano.

Horrible.

Monstruoso.

Conté más da quince mujeres heladas.

Metidas en armarios metálicos por los que circulaba una corriente glacial.

Ahora... ya podía llamar a Washington.

ANGUSTIA

Alertada la policía japonesa de lo ocurrido, el resto de los componentes de la diabólica organización concebida por Everett Jarber, fueron arrestados y juzgados en Tokyo.

Los expertos de nuestros laboratorios, ayudados por eminencias de la medicina, consiguieron devolver la vida que artificialmente se les había quitado a las muchachas que hallara en el sótano del *cottage* de Zarah Shannon.

Poca beligerancia podía esperar la pérfida colaboradora de Jarber, aunque la juzgara el tribunal más benévolo del mundo.

John Edgar Hoover me felicitó personalmente.

Un mes después fui nombrado inspector jefe de la División Federal de San Francisco.

Regresé allí.

Con mis recuerdos.

Con aquella angustia que amenazaba no separarse jamás de mi corazón.

Con el recuerdo de dos mujeres.

La misteriosa dama de verde.

Vilma Talbot.

La intervención de ambas en el asunto quedó silenciada en mi interior.

Dentro. Con mi angustia.

Con mis recuerdos.

Con la nostalgia.

Por eso cada noche me ponía al volante del «Packard» y corría veloz por la carretera de San Francisco a San José, deteniéndome en el mismo lugar que una mujer de ojos y cabello negro, un atardecer, alzara el pulgar de su diestra señalándome el Sur.

Sí, iba cada noche.

Escondía el coche entre los arbustos.

Me sentaba sobre la hierba para escuchar el canto de las olas al romper contra los acantilados.

Abría los labios tratando de dar salida a mi angustia.

Luego, pasadas unas horas, regresaba.

Y afanosamente emprendía de nuevo la investigación.

Nada.

Everett Jarber no se había casado nunca. Se le conocían amoríos con una mujer llamada Betty. Se suponía la existencia de un hijo.

De una hija.

¿Dónde?

¿Y Vilma?

Llegaba otra noche...

La angustia...

Hasta que la luz se hizo en mi cerebro, hasta que comprendí...

Y al comprender, mi angustia se hizo mayor, más densa, más agobiante...

Solo.

Con mi angustia.

LO QUE NO PUEDE OCULTAR UN ANTIFAZ

Rugían.

Como fieras.

Bramaban.

Como bestias.

Las olas, alcanzando inusitada altura, rompían contra los acantilados, hasta salpicar la tierra, los árboles, la carretera inclusive.

El océano, encrespado, salvaje, agreste, escupía altas cimas de espuma, lo mismo que un volcán incandescente arrojaba fuego y lava.

Para mí, era una noche como otra.

¿Qué importaba que el auto se mojara?

¿Qué importaba que mi chaqueta se empapase de agua al salir de los arbustos?

Mi angustia era algo infinitamente superior.

Me senté.

Como cada noche.

Sobre la húmeda hierba.

Pensando en lo que había comprendido, en la dama de verde, en Vilma Talbot.

En lo que no podía ocultar un antifaz.

El amor.

Y eso, la haría volver alguna vez... algún día.

Prendí un cigarrillo protegiendo la llama del fósforo con la americana.

Al fragor de las aguas se unía ahora el soplo feroz, el agudo silbar de un viento huracanado.

No me moví.

Me pareció percibir un chasquido cerca de mi espalda.

El viento, ¿qué otra cosa podía ser? al ulular entre los árboles, al

agitar las ramas y aplastar la hierba contra la tierra.

Se repitió el chasquido.

Sonarían tantos aquella noche.

—¿En qué piensas, Derek?

Cayó el cigarrillo de mi mano.

Giré, bruscamente, sobresaltado.

—¡Tú! —exclamé con voz ronca.

Con su vestido verde.

Oteando al viento la rubia cabellera.

Moviéndose sus ojos tras los agujeros del antifaz.

—Yo... Derek. Ambos hemos estado muy cerca cada noche. Los dos hemos vuelto... como dos criminales. Al escenario...

—Quítate ese antifaz. Despréndete de esa peluca dorada. Deja libres tus ojos de esas lentillas de contacto que les dan color azul. Muéstrate como te vi aquel día... *Vilma Talbot*.

Lentamente, fue obedeciéndome.

—¿Cómo descubriste que era yo?

—Tuve que pensar mucho, Vilma. Tres mujeres rubias de ojos azules. Descartadas Nora y Zarah, sólo quedaba Viola Young. Lógicamente, una agente del

F. B. I.,

no podía encarnar ese misterioso papel. Su labor tenía que ser abierta. Como la mía. Recordé tus palabras... «He tomado mis precauciones y no conseguirás establecer mi identidad». ¿Precauciones? Confundirme, ésas eran tus precauciones. Tú, la Vilma que yo conocí, la Sonia que más tarde vi cantar en el «Tokyo», eras morena de ojos negros... pero ellas eran rubias. Luego, más tarde, comprendí tus razones. Eras hija de Everett y de una muchacha llamada Betty a quien tu padre abandonó. Te había hablado mal de ella, ¿no es cierto? Cuidó de que te atendieran en un pensionado, ¿verdad? Después, cuando eras una mujer, una actriz, una cantante, pensó en emplearte dentro de su criminal empresa. Más tarde, al comprender lo ruin y canallesco de aquella empresa, tu conciencia te impulsó a colaborar con la justicia. ¿Cómo? Si te presentabas con el rostro al descubierto, te verías obligada a delatar a tu padre. Elegiste el antifaz, la cabellera postiza, las lentillas... viniste a contarme la verdad para que destruyera su obra. Comprendo que trataras de salvarlo a él... era

tu padre. Vilma... comprende tú ahora, tuve que matarlo... ¿qué otra cosa podía hacer?

Al enmudecer mi voz, rugieron con más fuerza las olas, silbó el viento lúgubrementemente.

—Ya pasó, Vilma. Para mí, serás siempre la mujer hermosa, la Vilma adorable que conocí en este lugar. Noche tras noche he venido en busca de tu recuerdo... y confiaba en que tú también vendrías. Porque hay algo que un antifaz no puede ocultar, Vilma.

Se acercó hacia mí.

—Lo sé. Derek. El amor... nada puede ocultarlo en el mundo, nada. Te amo... desde aquella noche en que me besaste. Tus labios me hicieron mucho bien...

—Vilma... ¿quieres ser mi esposa?

Aulló el viento con salvaje alarido.

Envidioso. Ruin. Despechado.

Al contemplar que ni él podía impedir que la estrechase apasionadamente entre mis brazos y buscara con anhelo aquella boca de labios dulces que tanto había deseado.

Sus ojos negros, más negros que la noche inhóspita, estaban fijos en los míos cuando jadeó:

—Por eso he vuelto, Derek. Para no separarme de ti jamás.

Bramaron las olas, aulló el viento, rugió el océano como una bestia herida, se estremecieron los árboles, chillaron las ramas...

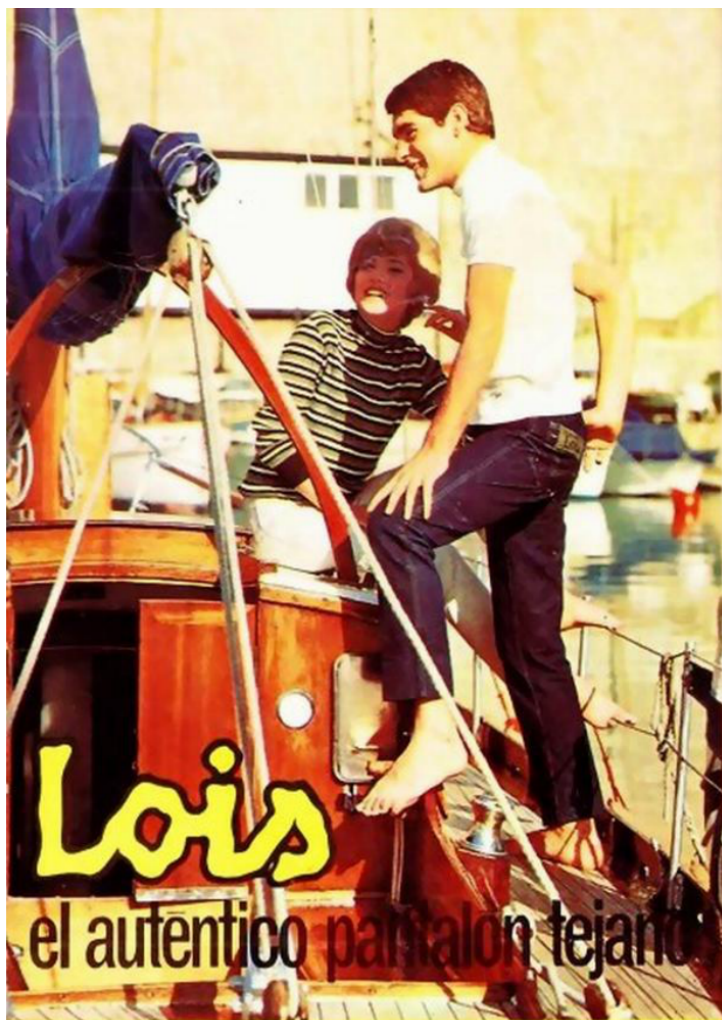
Todo era inútil.

Nada ni nadie podían evitar que yo estrechara aquel cuerpo cálido, frágil, húmedo, sensual...

Imposible separar nuestras bocas unidas que transmitían de una a otra el hálito del amor...

Que un antifaz no puede ocultar.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] Golpe de judo que se ejecuta con el canto de la mano. < <

[2] Golpe de judo que se ejecuta con la rodilla. < <